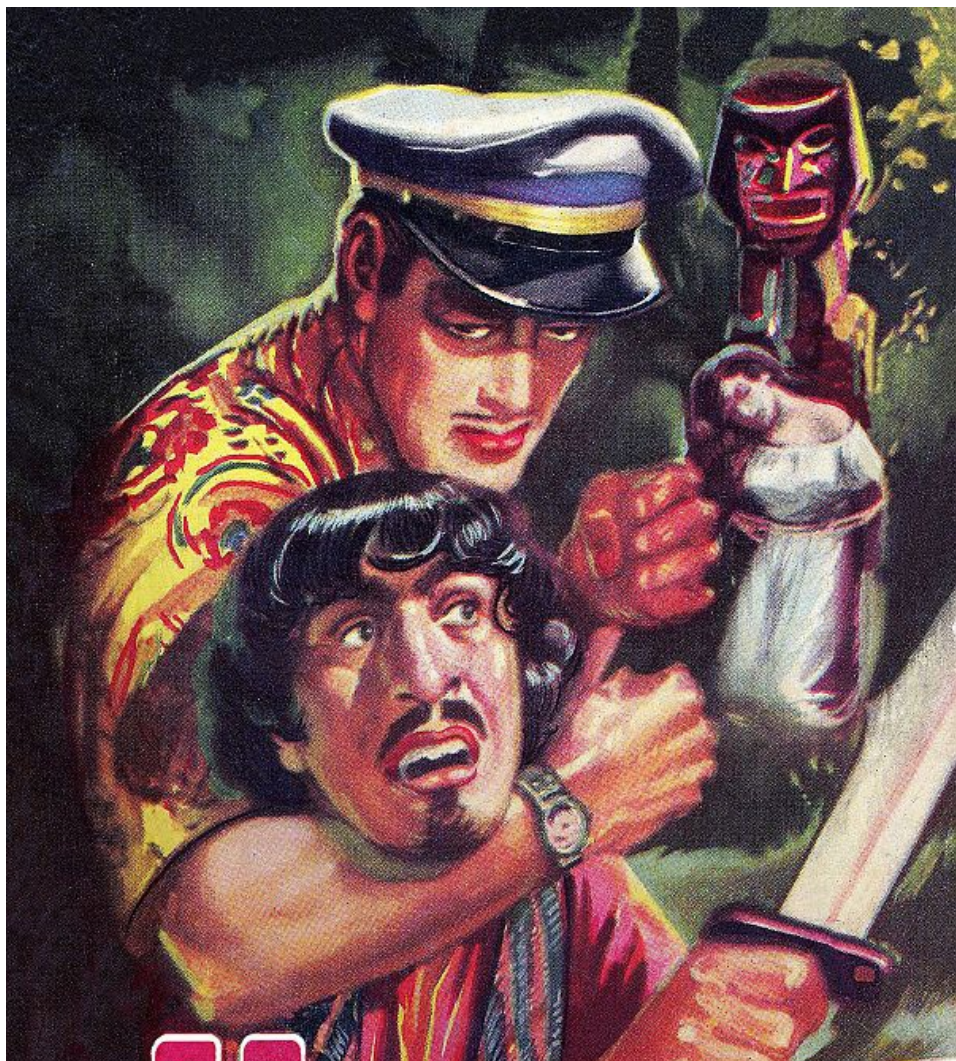




SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

"DAMA DINAMITA"

sc

En 1926, época en que los Estados Unidos eran campo de batalla de numerosas bandas de pistoleros, la larga ruta fluvial del Mississippi era la preferida por los gangsters que huían de la venganza de otros, así como del acecho de la policía, que al fin lograba contra ellos pruebas que debían conducirles a la silla eléctrica. El puerto de Nueva Orleans, desembocadura del Mississippi, era en toda su zona pantanosa la comarca preferentemente elegida para el contrabando fructífero de licores.

Larry Carter residía en Nueva Orleans, y era, en apariencia, un honorable corredor de seguros. Tenía esposa y un hijo de cinco años del que estaba muy orgulloso, porque, según Larry Carter, «a él no le cegaba el sentimiento paterno, al reconocer imparcialmente que su hijo Mike era un prodigio que prometía ser un gran hombre».

La esposa de Carter era callada, sumisa y casera, las tres cualidades por las que Larry Carter la había elegido. Mike era turbulento, amante de pelear, curioso y enérgico, elementos de carácter por los que su padre le adoraba.

Nada faltaba en el hogar de los Carter, los cuales vivían sin lujo pero decorosamente, Larry Carter había estudiado en la Universidad, abandonando los estudios al morir sus padres. Acostumbraba a decir que su único amigo era el abogado Barney Vickers, con el que había intimado en cinco años de estudios, conviviendo y compartiendo habitación, confidencias y bolsa.



Peter Debry

Dama dinamita o El hijo del gangster.

Bolsilibros: Servicio Secreto - 40

ePub r1.0

jala y xico_weno 03.07.17

Título original: *Dama dinamita o El hijo del gangster*
Peter Debry, 1951

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





PETER DEBRY

DAMA DINAMITA

O

EL HIJO DEL GANGSTER

1ª. EDICIÓN
ABRIL - 1951

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

DAMA DINAMITA

por **PETER DEBRY,**



CAPÍTULO PRIMERO

DOSCIENTOS KILOS DE ORO

En 1926, época en que los Estados Unidos eran campo de batalla de numerosas bandas de pistoleros, la larga ruta fluvial del Mississippi era la preferida por los *gangsters* que huían de la venganza de otros, así como del acecho de la policía, que al fin lograba contra ellos pruebas que debían conducirles a la silla eléctrica.

El puerto de Nueva Orleans, desembocadura del Mississippi, era en toda su zona pantanosa la comarca preferentemente elegida para el contrabando fructífero de licores.

Larry Carter residía en Nueva Orleans, y era, en apariencia, un honorable corredor de seguros. Tenía esposa y un hijo de cinco años del que estaba muy orgulloso, porque, según Larry Carter, «a él no le cegaba el sentimiento paterno, al reconocer imparcialmente que su hijo Mike era un prodigio que prometía ser un gran hombre».

La esposa de Carter era callada, sumisa y casera, las tres cualidades por las que Larry Carter la había elegido. Mike era turbulento, amante de pelear, curioso y enérgico, elementos de carácter por los que su padre le adoraba.

Nada faltaba en el hogar de los Carter, los cuales vivían sin lujo pero decorosamente, Larry Carter había estudiado en la Universidad, abandonando los estudios al morir sus padres. Acostumbraba a decir que su único amigo era el abogado Barney Vickers, con el que había intimado en cinco años de estudios, conviviendo y compartiendo habitación, confidencias y bolsa.

No importaba que ahora Barney Vickers fuera un próspero abogado, asesor de un *trust* algodonero en la pintoresca y hermosa

ciudad de Natchez, que, aunque distaba treinta millas arriba del Mississippi, no era distancia para Larry Carter, el cual visitaba al abogado con frecuencia.

Eran constantes los cortos viajes de Larry Carter río arriba. A su regreso, tras abrazar a su hijo Mike, besaba en las mejillas a su esposa, y echaba sobre la mesa un fajo de dólares.

—Ahí va plata, madre. He conseguido otra póliza de seguros. Supongo que con esto tendrás para vivir una semana más.

—¡Y un mes, Larry! —replicaba ella, alborozada—: Ahora podré comprarle a Mike el juguete que quiere.

—¿Qué juguete?

—Vio el otro día, en el escaparate de la tienda de Dupont, una panoplia, con una máscara y un cinto con dos pistolas.

El ceño de Larry Carter se frunció, mirando a su hijo, que, sonriente, hizo su propio comentario:

—¡Les voy a pegar sustos a los valentones del barrio, padre!

Larry Carter asió por el cuello de la camisa a su hijo, y lo atrajo hacia sí.

—Oye, rapazuelo. Tú serás abogado, ya que no pude serlo yo. En vez de pistolas, más vale que madre te compre un buen libro.

—Bueno —se resignó fácilmente el niño—. Pero que sea un libro de esos donde se habla de piratas, tesoros y mares lejanos.

Larry Carter cenó, y poco después dirigióse a un caserón en el *bayou*, la floresta pantanosa de cañaverales y arroyuelos. Le habían citado allá a las nueve de la noche. Tenía que acudir puntualmente, porque su «jefe» venía personalmente.

Consultó su reloj. Eran sólo las ocho y cuarenta cuando atravesaba la pasarela tendida sobre pilastras desde tierra firme al caserón. La noche era densamente oscura.

Seguramente no habrían llegado aún el «jefe» y los otros tres. Prefirió esperarles bajo un cobertizo, junto a la pared posterior del caserón. Y, estando allá, oyó un murmullo de voces saliendo de la próxima ventana.

Estaban ya allí... Iba a rodear la casa para entrar, cuando algo de lo que oyó le detuvo.

La voz perfectamente identificable del «jefe», el hombre que desde hacía seis años le pagaba para trabajos, donde a veces las pistolas habían hablado matando a otros *gangsters*, y en dos

ocasiones a policías demasiado cerca de descubrir las actividades de Larry Carter, aquella voz estaba diciendo:

—... en cuanto a Larry, sabe demasiado, y para retirarnos del negocio no conviene tenerlo haciéndonos sombra.

—Yo me encargo de él, jefe —dijo una voz.

—Cuando esté todo dispuesto, y escondido el cargamento, entonces le levantas los sesos, tú mismo, Bud.

Larry Carter percibió que en su espina dorsal un estremecimiento de frío le atería los huesos. Y, a la vez, en su rostro un calor súbito de indignación le ardía en las sienes. Un sordo furor de matar le acometió.

Retrocedió sin ruido, hasta atravesar de nuevo la pasarela. Miró su reloj de esfera luminosa: las ocho cincuenta y siete.

Se detuvo entonces en el centro de la pasarela, y, dando cara al caserón en tinieblas, llamó:

—¡Una linterna, que no se ve nada, muchachos! ¡Soy Larry!

En el caserón, alguien encendió un quinqué, con el que se asomó a la puerta, exclamando, con fingida cordialidad:

—¡Ahí viene Larry, el hombre de recursos!

Larry Carter habíase ya trazado un camino: debía disimular lo más que pudiera, hasta el límite desconocido de su capacidad para fingir, y no matar, no matar hasta que los límites se rebasaran.

Entró en el caserón, donde otro pistolero encendía una linterna, posándola sobre la única mesa, basta, que allí había. Era una mesa cubierta por un cristal, y a duras penas pudo Carter contener su impulso de escupir en la imagen reflejada en él del hombre que hasta entonces había sido su jefe, el cual habló jovialmente:

—Te hemos esperado en la obscuridad. Sabíamos que tu puntualidad era cronométrica. Siéntate, Larry, que tengo que exponerte un plan estupendo: un golpe que nos va a dar lo suficiente, para retirarnos para siempre. Últimamente, las cosas se han puesto un poco difíciles. Hay un polizone joven que quiere hacer méritos. Un tal Joe Martin, que se ha jactado de que pronto descubrirá nuestra banda, que hasta hoy se ha manejado bien. Tú en especial, Larry, has sido un buen elemento de enlace y acción, que ha despistado a los mejores sabuesos. Pero... ¿qué te pasa, Larry? Estás como preocupado.

—Mi chico, que tiene anginas.

—¡Estos papás! —rió el jefe de la banda—. Pues como te decía, si siguiéramos trabajando en el contrabando, el joven polizonte podría darnos quehacer. Es duro y listo de manos. Yo he estado pensando que nos hacía falta un golpe magistral..., ¡y la ocasión se ha presentado! Trae el mapa, Bud.

Bud, el que tenía que «encargarse de quitar de en medio» a Carter, extendió sobre la mesa un mapa que representaba el Golfo de Méjico, el puerto de Nueva Orleans y el curso del Mississippi, pasando desde su nacimiento, allá en el norteño Estado de Minnesota, por los de Iowa, Wisconsin, Illinois, Missouri, Arkansas, hasta el de Louisiana, en su desembocadura tentacular.

—Tú, Larry, que eres el enlace por el río, conoces al dedillo los sitios por donde pasa. Primero te explicaré de lo que se trata. Una chica a la que dedicaba yo a conquistar marinos, estuvo una noche de borrachera con un piloto. Y éste, bebido, empezó a soltarse la lengua, diciendo que, a su regreso, la cubriría de joyas. Total: el tipo ese viaja en un cargo de mala muerte llamado «Valparaíso», de matrícula chilena, que a estas horas se halla de regreso, y hará breve escala en Nueva Orleans.

—Conozco el «Valparaíso» —dijo Carter—. Un casco muy viejo.

—En este viaje lleva cinco sarcófagos con momias araucanas.

Los otros tres pistoleros rieron como si su jefe acabara de decir algo chistoso. También él rió, para seguir diciendo:

—Un consorcio mejicano-alemán de arqueólogos, esos tipos que tienen la chifladura de buscar huesos enterrados, es el que envía los cinco sarcófagos, convencidos que en su interior van las momias. Y ahora viene lo bueno. Estas momias, destinadas al Museo de Natchez, han sido echadas al mar. Todo lo fue contando el piloto, enamorado..., tan enamorado que piensa casarse con Lily, que es la muchacha que me informó. El piloto anda a medias en el asunto, con uno de los arqueólogos mejicanos, que espera en Natchez. ¿Sabes lo que contienen los sarcófagos, que así llaman ellos a los ataúdes? Te estoy preguntando, Larry.

—Si lo supiera, te ahorrarías palabras.

—Siempre brusco, siempre brusco. No tienes remedio —rió el jefe, aunque sus ojos despedían un acerado destello—. Los sarcófagos contienen... ¡lingotes de oro, en un total de doscientos kilos!

Hizo una pausa el narrador para darle más efecto a su declaración, y Larry Carter replicó:

—A veinte el gramo, supone una montaña de billetes.

—Cuatro millones limpios de polvo y paja. Dos para mí, que lo he planeado todo, y entre vosotros cuatro, dos más; de modo que tocáis a medio millón. ¿Qué te parece, Larry? ¿No es importante la cosa?

—Enorme; pero, digo yo...: ¿de dónde proceden esos doscientos kilos de lingotes?

—En el año 1917, cuando Alemania veía que le tocaba las de perder en la Gran Guerra, fue enviando sus reservas de oro a distintos países sudamericanos, para recuperarlos cuando le hicieran falta, y, mientras, hacerlo fructificar. Ahora los arqueólogos alemanes han empaquetado los lingotes, dándoles forma de momia, en cinco ataúdes. El mejicano que está con ellos es agente del servicio alemán. Tuvieron que recurrir al piloto, también agente, el cual sucumbió a los encantos de Lily. El piloto tiene esta misión: pretextando que el flete de los arqueólogos es delicado, y para no exponerlo a los posibles desperfectos del puerto rápido de Natchez, el personalmente, en una lancha motora, ha de llevarlos hasta el puerto de Magnolia, cinco millas antes de Natchez. Aquí.

Y el jefe puso el índice en un punto del curso del Mississippi, a veinticinco millas al norte de Nueva Orleans.

—¿Comprendes la cosa? En un embarcadero del puerto, el mejicano espera con otro individuo y un camión, para cargar los doscientos kilos de falsas momias.

—Ya. Vosotros meteréis, mano al mejicano y al camión. Y yo, ¿qué pinto en todo ello?

—Tú eres hombre de confianza en todos los barcos del tráfico por el Mississippi. Constantemente viajas en ellos. Vas a subir al «Valparaíso» acompañado de Bud, que fingirá no conocerte. No llamaréis la atención. Nosotros, sí. El piloto explicó que para evitar sospechas entre la tripulación distribuyeron el cargamento, poniendo cuarenta lingotes en cada ataúd. Dicen que hasta los que no entienden saben que una momia no pesa más allá de los cuarenta. Por lo tanto, en cada ataúd queda sitio. Tú y Bud substituiréis el algodón que han puesto como vendaje de los lingotes.

—No comprendo.

—Los ataúdes están en el sollado quinto, el de las cosas frágiles. Os meteréis dentro, y, levantando las tapas, quitaréis el algodón, y allí os acurrucáis. Me doy cuenta de que no es eso muy agradable, pero...

—No soy supersticioso —dijo, secamente, Larry—. Pero veo dos pegas de importancia.

—Explícate, si quieres.

—La primera: si la tapa tiene cerrojo, al saltarlo, el piloto puede darse cuenta.

—Me he documentado sobre sarcófagos araucanos. No tienen el menor cerrojo. Y para no estropear la madera, lo que hacen los arqueólogos es transportarlos siempre en pie, y, en evitación de que la puerta o tapa se abra, colocan delante un peso. Nada más fácil, a medida que vais cerrando, de atraer el peso con una cuerda, y, al quedar cerrada la cubierta, nadie se da cuenta de nada. ¿Cuál es la segunda pega?

—Yo peso ochenta kilos. Éste..., por los setenta.

—Los sarcófagos los sacarán del sollado con grúa, Larry, o sea, que la grúa se callará. Me ha prometido no decir nada de este aumento de peso.

Volvieron a reír todos, menos Larry Carter, que objetó:

—Nosotros, dentro de las cajas, ¿qué misión tenemos?

—Cuando la lancha motora esté en marcha, y se aleje del «Valparaíso» para arribar a tierra, quitar de en medio al piloto, sin ruido.

—¿Por qué no eliminarlo en tierra? Habrán elegido un sitio poco concurrido para desembarcar...

—Podría entrar en sospechas al ver que los que esperan no son los mejicanos.

—¿Qué más debo hacer?

—Llegamos ahora a lo más importante, Larry. He acudido a ti, dándote la buena tajada, porque conoces todas las riberas del río, como yo el fondo de mi bolsillo. Largarnos lejos con el camión, es del género idiota. Transportar los doscientos kilos, cuando el «Valparaíso», al no ver regresar la lancha y el piloto, dé la alarma, sería echarnos encima a la jauría de polizontes. Tú has de conocer forzosamente Un sitio poco alejado de Natchez, donde podamos

esconder los doscientos kilos, hasta que haya pasado la alarma por el asunto.

—Por aquellas riberas hay muchos bosques. Precisamente... ¡ahora veo! Hay un sitio de intrincado acceso que conduce a un abandonado templo de cuando los indios y mejicanos aztecas confraternizaban en este trecho del río.

—¡Magnífico, Larry! Sabía que tú eras el indicado para dar con ello. Ahora, escucha lo que he decidido. Una vez hayamos descargado los cinco fardos, la lancha será hundida con el piloto. Ya le he dicho a Bud lo que tiene que hacer para que la muerte del piloto parezca por golpe recibido en el hundimiento. Un golpe en la nuca con una porra de hierro.

—Buen golpe, en efecto.

—Cuando hayamos descargado en este templo que dices, despenaremos el camión. Todo está claro. Ahora, a esperar vosotros dos el «Valparaíso», que no tardará más de tres horas en llegar.

—El reparto es bueno —comentó Carter—. Y con la chica, ¿qué pasa? ¿No le dais su parte?

—Ya se la dimos.

Rieron otra vez los cuatro. Comentó el jefe:

—Las mujeres son muy charlatanas, Carter. Fue a nadar con éste —y señaló a Bud—. Pero... no salió a flote. Era muy pesada.

Levantóse Larry Carter, calándose el sombrero y metiéndose las crispadas manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Voy a casa a ver si el chico está mejor. Vámonos, Bud.

—Todo está perfectamente claro, ¿no, Larry?

—De una claridad meridiana, jefe.

Ya fuera Larry Carter y Bud, uno de los que estaban en el caserón dijo:

—Le pasa algo raro a Carter. Nunca estuvo tan seco contigo. Tenía los ojos como con fiebre.

—Tú eres soltero, y desconoces la inquietud que da el ser papá.

—También tú eres soltero, jefe.

—Pero yo leo mucho. Bien; hay que darse prisa para llegar con tiempo a Magnolia y despachar a los dos mejicanos del camión.

Atrás la floresta pantanosa, Bud encajó su zancada a la larga y presurosa de Larry Carter. Trató de bromear:

—Seis horas, y seremos capitalistas. Eres un tipo afortunado,

Larry.

—Lo soy, porque siempre miro a una estrella: la de la buena suerte. Oye: eso de matar a un tipo por la espalda, ¿qué tal sienta?

—Tú ya sabes de esto, creo yo —rezongó Bud, molesto, por la alusión a su papel con el piloto.

—Yo, no. Hasta hoy siempre maté de frente, cara a cara, como los hombres, ellos pistola en mano y yo con el dedo en el gatillo. Y como dicen los mejicanos, «si les perjudiqué, fue porque les madrugué». Pero por la espalda, hasta hoy..., jamás a nadie.

—Bueno, no te apures. En resumidas cuentas, yo soy el que tiene que dar el porrazo; no tú.

Llegaban a la casa donde vivía Larry Carter.

—Mi esposa y mi chaval me creen agente de seguros —dijo éste—. Tú eres un cliente. Procura hablar decentemente, o te parto la boca.

—No te pongas bravucón, que yo, cuando quiero, soy muy fino.

Apenas su esposa, abriera la puerta, Larry Carter la besó en las mejillas, y, apretando significativamente sus dos brazos, y guiñando un ojo, preguntó:

—¿Sigue mejor el chico de sus anginas?

—Sí... Creo que está mejor.

—Este caballero es un futuro cliente. Dale una copa de licor, del bueno, mientras visito al chico.

Entró Carter en la alcoba, donde Mike dormitaba, pero se despertó en el acto al ver entrar a su padre, quien, sentándose junto a la camita, dijo:

—Vamos a hablar de hombre a hombre, Mike.

—Eso sí que me gusta, capitán. ¿Qué va a ser? ¿Un cuento de esos de vaqueros o de piratas?

—Yo sé que no me pasará nada, Mike, pero si me ocurriera un accidente, tú... has de conservar un secreto hasta que tengas veintitrés años. ¿Serás capaz?

—¡Claro que sí, padre!

—Júralo, como te he enseñado.

Con solemnidad, el chiquillo de cinco años recitó:

—Cobarde, cobarde y cobarde es el que traiciona un secreto. Y un cobarde es repulsivo, peor que una sabandija. Juro.

—Eso quiere decir que ni a tu madre le contarás lo que voy a

decirte, en caso de que me ocurriera un accidente.

—¿A madre tampoco?

—No; porque si ella supiera nuestro secreto, correría mucho peligro. Te gusta dibujar, Mike. Coge este lápiz y haz en un papel el mismo dibujo que ahora voy a hacerte.

Trazó Larry Carter una especie de estrella en el centro de una circunferencia, a cuyo alrededor colocó unas rayas.

—Estas rayas quieren significar que esto es un sol. Dibújalo.

Afanosamente, se esmeró Mike para complacer a su padre. Aquel juego, nuevo para él, le gustaba.

—Muy bien, chaval. ¿No se te olvidará nunca este dibujo?

—Nunca.

—Ahora, apréndete esta frase: «Entre Magnolia y Natchez». Repite.

—Entre Magnolia y Natchez.

—Ahora yo quemo estos dos papeles con esta cerilla, y te olvidarás de todo esto, si mañana por la noche yo vuelvo a casa. Si no, cuando tengas veintitrés años y seas ya capaz de andar solo..., recuerda bien el dibujo y la frase. Ahora, me voy, que tengo prisa.

Abrazó Larry Carter prolongadamente a su hijo, y al oído le susurró:

—El oro en lingotes siempre trae mala suerte. ¡Ojalá me equivoque, hijo! A dormir... Y ni una palabra a madre.

Regresó Carter a la sala-comedor, donde Bud, el que tenía que matarlo, estaba disertando sobre la felicidad de tener un hogar propio.

—Vamos —dijo, secamente, Larry—. Fuera de aquí...

—¡Larry!... —reprochó, tímidamente, su esposa, escandalizada por aquel modo de tratar a un cliente.

Larry Carter forzó una sonrisa. Era su noche de disimulos, y dijo:

—Él me perdona. Somos amigos. Quise decir que tenemos que emprender un viajecito.

Abrazó a su mujer, besándola con pausa, y no sin emoción, en las dos mejillas. Y, ya en la calle, murmuró:

—Me daba asco verte allí, tú, un asesino.

—Oye, que tú no eres ningún santo. Vaya, que estás de malhumor...

—Tú viniste arriba, por temor de que yo traicionara, que avisara

a otros, qué sé yo... No, no; si es natural. Un golpe como ése, donde hay doscientos kilos de lingotes de por medio, excusa todas las precauciones.

Iban aproximándose al muelle norte, donde recalaban los «cargos» de poco tonelaje. Se sentaron a beber una copa en el quiosco del muelle.

El «Valparaíso» atracó a las doce y cuarto de la noche. Subieron a bordo, y el capitán saludó amistosamente a Carter.

—Qué, ¿más víctimas, Carter?

—Este señor es una de ellas, capitán. Se va a asegurar para toda la vida..., o sea, que no me descubra.

Alejóse Carter seguido por Bud, que le tocó en el codo, cuando junto a ellos pasó un piloto rubio, con trazas de alemán.

—El sollado quinto es aquél —dijo. Carter—. La gente duerme, y cuando los pocos que desembarcan estén abajo, volverán a zarpar, porque aquí no recogen más que carga de poca monta. Hemos de andar listos, Bud. He pedido dos pasajes para Springs, y a nadie extrañará que no estemos en el camarote durmiendo, sino en cubierta, puesto que el trecho es corto.

Una hora después, en el sollado quinto, Larry Carter y Bud estaban tirando por la lumbrera trozos de algodón. Transcurrieron diez minutos. En el sollado quinto, junto a varias cajas de cristales, garrafas de ácido y paquetería, había, en pie, cinco ataúdes carcomidos por los años.

CAPÍTULO II

LA MUERTE DEL «GANGSTER»

—¡Cuidado, animal! ¿O crees que son troncos? —recriminó el piloto germánico, que en la lancha motora, atracada junto al casco, veía descender del sollado quinto el tercer ataúd colgando de la pequeña grúa.

—¡El que va dentro, está muerto desde hace muchos años, señor!

—Gruñó el descargador.

Cuando la lancha motora se alejó hacia el litoral, éste comentó todavía:

—Vaya compañía para un viaje de noche...

—Son momias para el museo, y las tratan con cariño. El propio piloto se molesta en llevarlas hasta allí.

La masa del cargo fue aminorando. El piloto inclinóse para asir la palanca, porque el embarcadero donde le esperaban los dos mejicanos estaba ya visible.

Bud, asomando, corrió sobre la punta de los pies... La puerta del sarcófago batió en el aire. El piloto se volvió, pero era ya tarde. Crujieron sus vértebras cervicales, y cayó muerto, al repetir el agresor su golpe.

Larry Carter estaba ya empuñando la palanca, y la canoa, ladeándose, tocó con su culata las pilastras del embarcadero, sobre el que ya esperaba uno de los pistoleros.

—Todo va bien. Nadie a la vista. Id descargando esos cajones.

Trabajaron todos con rapidez. Con un hacha; el jefe asestó varios cortes en la proa y, soltando el cabo, dejó a la deriva la canoa con el cadáver del piloto. La canoa iba hundiéndose...

En el camión, se puso Bud al volante; a su lado Carter, y junto a la ventanilla el jefe de la banda.

—Todo sobre ruedas. Los dos mejicanos atrás, sin ataúd. ¡Pisa el acelerador, Bud! Y tú, vete diciéndole por dónde, Larry.

La noche era clara, y aun en la penumbra se adivinaba que el paisaje, de día, debía ser delicioso. Larry Carter, pensó:

«Mientras esté al volante, no me dará el golpe. Y apenas lleguemos al templo, tendré todavía unos minutos de respiro, porque esperará este otro que le indique el sitio para esconder...».

—Oye, Larry. Una vez en el templo, ¿dónde pondremos la carga?

—Es complicado explicar cómo está todo aquello. Es un viejo templo, medio derruido, con columnas, en un claro. La forma de los cimientos es curiosa porque representa como una rara estrella metida en un sol.

—La historia de los templos no me interesa, Larry. Te pido dónde hay en el templo lugar para esconder.

—Tendría que dibujarte de memoria un plano. Será mejor que, cuando lleguemos, te lleve yo a los distintos hoyos, por los que podemos meter los cinco sarcófagos.

—Bueno. Y tu hijo, ¿qué tal?

—Va mejor. Tuerce por la carretera de la izquierda, después del viraje, Bud. Vete con cuidado. Hay un bache en la entrada.

—Conoces bien el terreno.

—Tuve una novia, hace ocho años, por esta comarca. Jugábamos al escondite por el templo.

—Ah, bribón... ¿Falta mucho para llegar? Estos bosques son muy cerrados.

—Mejor. Así no nos verá nadie. Faltan apenas unos minutos. Hay que recorrer unos treinta metros a pie.

—Cada uno puede llevar un ataúd encima. Recordaremos la nochecita, ¿eh, Larry? Si alguien va extraviado por aquí, se morirá del susto, al ver pasar cinco sombras con un ataúd a las espaldas...

El jefe rió sonoramente, y Bud torció la boca.

—¡Para aquí, Bud! —dijo Carter—. Por este sendero de la derecha se llega al templo.

—¡Diablos! Eso está muy solitario. No debe haber una casa en veinte millas a la redonda.

—No la hay en unas tres millas...

Estaban en la carretera, y los de atrás asomaron el primer sarcófago.

—Carga, Bud. Enciende la linterna. Tú, con el otro, Larry. El tercero, para mí. No pesan nada. Sólo unos..., ¡diablos! ¡Pesan como un muerto!

—Son cuarenta kilos de oro, más la madera, jefe.

La macabra procesión, en fila india, se perfiló sombreada por la luna, en aquel sendero boscoso. Se divisaban ya las columnas del templo medio derruido.

Entró Bud en el claro, dejando en el suelo su sarcófago. Larry Carter se apoyó en el suyo, de pie, como si lo abrazara...

Los otros tres fueron entrando en el claro que, iluminado por el resplandor lunar, tenía algo de fantasmagórico.

Larry Carter, empuñada ya su pistola de seis balas, con una en la recámara, apretó el gatillo, tres veces consecutivas... Repitió otro balazo en la frente del jefe...

Bud, que le volvía la espalda, giró sobresaltado por los cuatro trallazos de las balas certeras.

—De frente, cara a cara, Bud... Anda, tienes tiempo... Saca tu pistola... Te voy a matar...

—Larry... —gimió el otro pistolero.

En el suelo, yacían muertos los tres *gangsters*, cuyas frentes habían sido el blanco elegido por Larry Carter.

Bud tendió las dos manos vacías en ademán de súplica.

—Podemos... partir cuatro millones, Larry. Yo estoy contigo...

Su pistola soltó las dos balas restantes. Bud llevóse primero la diestra al bolsillo trasero... Se arqueó y aplicó una mano en su frente rota... Por fin, fue arrodillándose, fijos sus ojos desorbitados en el que, con rictus de ferocidad, escupió:

—¡Canallas! Os llevasteis, lo que os tocaba, por traidores...

Larry Carter pasó dos horas muy atareado, transportando los lingotes a un lugar del templo. Después, llevó uno a uno los cadáveres sobre el hombro desnudo. Se había quitado toda la ropa para evitar mancharse de sangre sus prendas de vestir.

Por fin, trasladó los sarcófagos al camión, echándolos en la parte de carga. Un cargamento fúnebre era aquel de los dos mejicanos muertos, cinco sarcófagos y tres *gangsters* con la frente rota.

Sentóse en el volante, desnudo, colocando en el suelo el lío de su ropa. A su lado, reclinado contra la ventanilla, estaba Bud, en cuyo bolsillo colocó su pistola vacía.

Pisó el embrague, y, dando media vuelta, emprendió la ruta transversal hacia el río conduciendo, cogió el lío de ropa, colocándoselo bajo la axila.

Abrió la portezuela de su lado, y puso un pie en el estribo, pisando a fondo el acelerador. El camión embistió la barandilla del embarcadero, y Larry Carter cayó, rodando, a un lado.

El camión hundió el radiador en el fangoso lecho del fondo del Mississippi, y quedaron al aire las ruedas posteriores...

Larry Carter se vistió apresuradamente, y por el bosque emprendió, a pie, el camino hacia Natchez.

Durmió respaldado contra un árbol, y el sol le despertó. Bostezó, desparezándose. Había triunfado. Cuatro millones... Irían con su mujer y su hijo a Sudamérica. Después a Europa, donde Mike estudiaría en los mejores colegios y en la Universidad de Oxford.

Dejaría ahora pasar siete días. Sí, siete... Cifra de suerte. Al entrar en la primera calle de Natchez, se metió en el primer café, donde bebió ansiosamente un vaso de leche fría.

Compró el periódico al salir, y de pronto miró en rededor. Todo parecía sonreír. Un sol tibio el hermoso paisaje de la pintoresca e histórica ciudad...

En primera página estaba su retrato, y un titular en grandes caracteres decía:

**«EL SARGENTO DETECTIVE JOE MARTIN, HA DESCUBIERTO AL
ASESINO DE LOS POLICÍAS CRAMER Y JACKSON»**

«Hace tiempo que el sargento detective Joe Martin seguía la pista de un gángster hábil, escurridizo, que actuaba en el Mississippi, como enlace de una banda. Se trata de Larry Carter, que esta misma noche embarcó en el “Valparaíso...”».

Larry Carter cesó la lectura. Tenía que esconderse... y sólo había un hombre en quien podía confiar, pese a que sabría ya quién era

él, por haber leído la prensa. Tan sólo el abogado Barney Vikers podía tenerle escondido unos días. En Natchez, el abogado Vikers era toda una personalidad.

Dirigióse rápidamente al domicilio colonial de Vikers, un hombre soltero, que habitaba en las afueras. Eran las ocho y media. Estaría desayunando, servido por el ama de llaves.

Larry Carter corrió, y, tomando impulso, saltó la valla posterior de la vieja casa hasta llegar al ventanal del comedor. Miró...

Allí estaba su buen amigo Barney... y el ama de llaves, recogiendo en una bandeja los restos del desayuno, y el servicio.

Fascinados, los ojos de Carter se posaron en el periódico, que estaba doblado al alcance de la mano del abogado.

El ama de llaves salió, y Barney Vikers, con gesto meticuloso, sacó de su bolsillo la pitillera, y al encender el cigarrillo, su otra mano se dirigió, hacia el periódico.

Larry Carter empujó el ventanal, y el abogado se sobresaltó, pero, al reconocerle, exclamó alegremente:

—¡Caramba, pero si es Larry! Oye, muchacho: ¿desde cuándo entras por las terrazas?

—Me urge hablarte, Barney.

—Estás excitado, Larry. Siéntate. La buena Betsy ya ha cumplido su primer rito, y ahora se va a las compras. Estamos solos. Supongo que habrás desayunado.

—Barney... Es muy grave lo que aquí me trae.

—Para eso están los amigos, y yo lo soy. ¿Cuánto necesitas, viejo?

—No es dinero, Barney. Yo..., ¡me busca la policía!

Barney Vikers alzó las cejas. Murmuró:

—¿Qué ha ocurrido, Larry? Empiezas a preocuparme.

—Fracasé, y, siempre de fracaso en fracaso, no podía colocar ni un seguro. Somos muchos...

—Pero ¡si nada te falta! Tu mujer té adora, pues semanalmente llevas a tu casa más que suficiente...

—Hace años que me pagaba un *gángster*. Contrabando de licor.

—Feo asunto, Larry. Tú estás capacitado para ganarte la vida sin recurrir a ilegalidades. Ven, pasemos a mi despacho. Podría venir alguien. Vete calmando, muchacho.

En el despacho, Barney Vikers apoyó los codos sobre la mesa.

—Sigue. Te escucho.

—Tuve... que defenderme en dos ocasiones, cuando me iban a coger. Eran doce años de presidio, y por mi chico yo no quería que...

—Por él precisamente no debías... En fin, ya está hecho. Sigue. ¿Eran *gangsters* los que tú..., los que murieron?

—En dos ocasiones tuve que disparar, sin saber contra quién. Dos policías.

—¡Dios mío, Larry! Estás perdido. Ni el mejor abogado puede salvarte...

—Escucha, Barney. Escóndeme unos días, pocos... Luego, huiré. Por mi hijo... Procuraré que me crean muerto..., y tú, tú eres el único que puedes protegerle a él y a mi pobre Esther... No te costará nada. Tengo... ¡millones! ¡Cuatro millones en oro!

—No desvariemos —dijo, severamente, el abogado—. Comprenderás que si te ayudo, no será porque me sobornes. Desde niños somos amigos, Larry... Si me causa una pena inmensa saberte un criminal, ¡sí, un criminal, sin paliativos!, yo no puedo entregarte, ni menos defenderte. ¿Sabes si te han seguido?

—Nadie.

—Repugna a mi conciencia lo que voy a hacer, Larry. Un momento; debe ser una consulta.

Descolgó el auricular del teléfono, que acababa de sonar.

—Al habla Vikers. ¿Quién?

—No me conoce, señor. Soy el teniente de policía Martin. ¿Está solo?

—Sí. Continúe, por favor.

—He averiguado que Larry Carter, que estoy buscando, es amigo suyo. Está usted por encima de toda sospecha, señor Vikers. Quiero, simplemente, que sepa que es muy posible que Carter vaya a buscar refugio en su casa. Vendré dentro de media hora. Estoy en Magnolia. Prevéngase, pues todo me hace suponer que Carter está desesperado. Por si no lo sabe, aunque creo habrá leído el periódico, Carter es un *gángster* peligroso, listo y buen tirador. Si viene, entreténgalo. Con cuidado...

—Descuide. Estaré sin falta. Adiós.

—¿Qué era, Barney? —preguntó Carter.

—Un cliente. Me ha citado para dentro de una hora. ¿Qué

estabas diciendo de cuatro millones..., Larry?

—¿Por qué tiemblan tus manos, Barney?

—Si crees que al averiguar que eres un *gángster*, tú, mi mejor amigo, tengo que estar tranquilo...

—Empecé contrabandista..., y la fatalidad me obligó al resto.

—La fatalidad es la palabra de los débiles, Larry, y tú no eres débil. ¿Qué decías de los cuatro millones?

—Sólo hay una persona en el mundo que sabe dónde he escondido los cuatro millones, Barney. No soy supersticioso, pero creo que el oro en lingotes atrae la maldición y la muerte.

—Esos cuatro millones no podrán dar paz a tu conciencia, Larry. Tú, un asesino... ¡Es increíble! Tu pobre mujer, tu hijo...

—¡Por ellos debes ayudarme! —clamó Carter—. Te daré dos millones... ¡y de mi conciencia ya me cuidaré yo!

—No te excites, Larry.

—He escondido los cuatro millones en el embarcadero, al norte de la isleta de los Faisanes, la de los pescadores. Están en la vieja barca que nadie usa, que está volcada boca abajo.

Larry Carter miró agudamente en los ojos al abogado, que, tranquilamente, replicó:

—Si te escondes aquí, pueden venir a buscarte. Averiguarán que soy tu amigo. Mejor será que te lleve en mi coche hasta la choza de la montaña donde voy a cazar. Y descansa, porque... estás sobreexcitado.

—Gracias, Barney. Por un momento, desconfié de ti. Esta llamada telefónica me puso nervioso.

—Vamos al garaje. Mi moral está soliviantada, Larry, pero la amistad es sagrada.

Atravesaron el jardín, y el abogado hizo correr la puerta del garaje. Entró Larry Carter, subiendo al asiento del coche dos plazas. Barney Vickers empuñó el volante.

—¡Han llamado, Barney! ¡Han tocado la campanilla de la verja de entrada!

—No te preocupes. Será algún cliente...

—Están andando por la alameda... Cruje la grava...

—Tranquilo, Larry... ¡Calma!

Inesperadamente, con un gesto de repugnancia y cerrando los ojos, Barney Vickers apoyó contra el costado, del que estaba a su

lado el cañón de la pistola, disparando frenética y nerviosamente.

Los tres estampidos sonaron sordos contra la tela de la chaqueta, que despidió olor a quemado... Larry Carter doblóse hacia un lado contra la ventanilla.

Por las comisuras de sus labios la sangre empezó a destilar. Sus ojos entrecerrados tenían una infinita tristeza. Murmuró:

—La... maldición del... oro en... lingotes... No lo escondí donde te dije...

Su cabeza chocó contra el parabrisas, en un último sobresalto de vida.

Barney Vikers saltó al suelo, descompuesto, casi a punto de tener un ataque de nervios.

Un individuo entró corriendo. Era joven, con cara de boxeador.

—¡Señor Vikers! ¿Qué...? ¡Éste es Carter!

—Me quiso obligar a darle escondite —dijo, tras respirar hondamente Barney Vikers, llevándose un pañuelo de seda a los labios—. Tuve que matarlo, porque... creí que él iba a hacerlo...

—Lástima... Me interesaba interrogarle. No se preocupe, señor Vikers. Ha cumplido usted con un deber de ciudadanía... Carter era un asesino de la peor especie... Salga a respirar el aire. Está usted a punto de caerse. Apóyese en mí. A propósito: soy el sargento de detectives Martin.

—Era mi mejor amigo.

—Lo comprendo, lo comprendo.

Al cabo de unos instantes, en el jardín, dijo Martin:

—Los vecinos habrán creído que era un tubo de escape. Estos «Ford» son muy ruidosos. ¿Está ya mejor, señor Vikers?

—Yo... no quisiera que se sepa que... La esposa de Carter es una santa mujer, y su hijo, un niño de cinco años... Quedan ahora en muy mala postura. Yo... quiero darles hospitalidad aquí.

—Un sentimiento que le honra, señor Vikers. Un gesto digno. Naturalmente, usted opina que si se propaga la noticia de que Carter fue ajusticiado por usted, la esposa y el hijo le odiarán. Lo comprendo. Escuche, señor Vikers; podemos coordinar su buen corazón y mi propio interés. Puedo declarar que estaba usted en el coche apuntado por la pistola que Carter le cogió... Yo llegué, y logré arrebatarle la pistola a Carter, que se disparó.

—Gracias, señor. Yo creo que estaba loco. Divagó sobre cuatro

millones. Una locura...

—No sé, no sé. Hemos encontrado un camión con sarcófagos araucanos. En su interior había, además de los componentes de la banda de Carter, asesinados seguramente por él, dos mejicanos también asesinados. Y un piloto del «Valparaíso»..., un barco que procedía de Chile... Es un asunto raro. Carter lo hubiese aclarado, sin duda. Mejor será que tome un coñac fuerte, señor Vikers. La emoción ha sido muy dura para usted. Yo mismo, a pesar de mi oficio, estuve molesto cuando a, medianoche, visité a la esposa de Carter... Si hubiese llegado media hora antes, hubiera cogido a Carter... La pobre mujer se desmayó. Yo no pude atenderla, y el médico, al que avisé por teléfono, me ha dicho esta mañana... que ha muerto.

—Que ha muerto... ¿quién?

—La esposa de Carter. Tenía el corazón muy débil. Dice el médico que fue debido a un ataque cardíaco. La pobre leyó esta mañana, a primera hora, la prensa, y la lectura... La encontraron muerta en la cama, y el muchacho llorando al lado. ¡Maldita sea! ¡Un *gángster* no debería casarse! Ahora, el chico queda solo...

—Yo le adoptaré. Haré que vea en mí a un segundo padre.

—Un gesto que me agrada, señor Vikers. Aquí se convertirá en un hombre útil, de provecho. Y usted, como abogado, sabrá hacer que no odie a la policía. Si algún día se entera, porque lo lea, o se lo digan, que el teniente Joe Martin mató a su padre, hágale comprender que fue en cumplimiento de la ley...

—Le agradezco su bondad conmigo, señor.

—¡Bah! No es sólo generosidad, señor Vikers. Son dos ventajas: el chico tendrá así en usted un padre adoptivo, y yo..., ¿no es mi oficio el procurar evitar que los asesinos sigan matando? Mejor será que se eche un rato en este diván. Voy en busca del forense y del fotógrafo. No le molestaremos. Yo declararé. Y repito, señor Vikers: me agrada su gesto. Así, el chico Carter... ¡tiene ya un padre! ¡Y mejor que el verdadero!

CAPÍTULO III

EL HUÉRFANO DE NATCHEZ

Cuando se cansó de llorar llamando inútilmente a su madre, Mike Carter dejó de rebelarse y de forcejear, aceptando que le condujeran a un coche, del cual bajó para mirar las alargadas sombras de los cipreses y las cruces blancas.

Oyó rezos, cuchicheos a su alrededor, y no vio las muestras de deferencia tributadas a un caballero vestido de oscuro, que, junto a la tumba recién cubierta, le cogió de la mano, diciendo:

—Tú me conoces, Mike.

El niño levantó la mirada, y replicó:

—Usted es el amigo de papá, el señor abogado de Natchez.

Una crispación dolorosa pasó por el rostro de Barney Vikers, al decir:

—Sí, yo soy el amigo de tu papá. Ven conmigo, Mike.

—¿Dónde nos vamos?

—A mi casa, que será la tuya desde ahora.

—¿Por qué no ha venido papá?

—Yo te explicaré.

—Estoy muy cansado, señor. Los dos se han ido, dejándome solo...

—De ahora en adelante, seré como tu padre.

—No, señor; esto no puede ser. Mi padre es mi padre.

Dócilmente, el niño seguía al abogado, el cual, en un taxi, le llevó al puerto. En el barco que había de llevarles a Natchez, mientras Mike dormía agotado, el abogado Vikers repetía por centésima vez su examen de conciencia.

Había matado a su mejor amigo. Una acción repulsiva, un instante de vértigo, alucinado por una argumentación páfida, maligna. Recordó que en el despacho, al coger la pistola del cajón de la mesa, su mente había razonado:

«Larry está perdido. Morirá. Acaba de revelarme el sitio donde ha escondido cuatro millones...».

Y de nuevo, como en cada momento que volvía atrás su pensamiento, recordando la escena del garaje, se cubrió el rostro con las manos. Era horrible. ¡Era más criminal todavía que el propio Larry!

Se juró que ahora no le impulsaba ningún secreto pensamiento al adoptar al hijo de Larry Carter. Lo hacía... para en parte compensar...

Faltaban cinco minutos para llegar a Natchez. Vikers fue a despertar al niño, el cual le preguntó:

—¿Cuándo viene mi padre?

—Tu padre tuvo un accidente, y no vendrá... Me dijo —y la trémula voz del abogado trató de afirmarse—, me dijo que yo fuera para ti lo que él era. Lloro, muchacho, llora..., no te avergüences, que yo soy hombre, y ya ves..., también...

—Usted le quería mucho, ¿verdad? —Hipó, entre sollozos, Mike Carter.

Barney Vikers abrazó contra sí al hijo de Larry Carter. Se estremeció, porque él niño decía:

—Un día creceré, y sabré cómo murió mi padre. Mataré..., ¡sí, mataré a quien sea!, si mi padre murió por culpa de alguien.

—Mira, aquella ciudad es Natchez, Mike... Allí vivirás conmigo, y nada te faltará.

El Estado de Mississippi fronterizo con el de Louisiana, es el dominio del Rey Algodón, que tiraniza a su pueblo, blancos y negros. Es la tierra del cultivador, cuya precaria existencia está sometida al capricho del tiempo.

Es también la tierra romántica, donde las tradiciones del Sur son todavía respetadas en las mansiones aristocráticas, y donde las noches de claro de luna son cómplices del aroma de las magnolias que embrujan a la juventud.

Una de las más encantadoras entre las ciudades del Mississippi es Natchez, que vive serenamente en su altura, dominando el río.

Natchez fue la primera capital de la civilización de plantadores, que se manifiesta aún en sus columnatas blancas, pórticos y jardines con abundancia de estatuas, surtidores y alamedas.

Natchez debe su nombre al de la tribu india que la ocupó antes de la pacificación, y los primeros días de su estancia en la casa del abogado este trató de distraer la tristeza del niño contándole hazañas de los indios, los cazadores, marineros y soldados.

Barney Vikers había dado la orden a su ama de llaves de no traer ningún periódico, ni comentar ante el niño nada de lo referente a la trágica muerte de Larry Carter, allí mismo.

Transcurrida una semana, Barney Vikers manifestó:

—He pensado que adoptes mi apellido, Mike. Te llamarás Mike Vikers.

—Me gusta más Mike Carter.

—Tendrás que ir a la escuela, Mike, y los niños son crueles. Tu padre murió mal... Perdona si te causo dolor. Tu padre era...

—Vino el policía aquella noche, y estuvo preguntándole cosas a madre. Yo me enteré, señor... Y yo sería un cobarde si renunciase a llevar el nombre de mi padre. ¡Me llamo Mike Carter!

—No insistiré más por ahora, Mike. Estudiarás aquí, en casa. ¿Qué quieres ser cuando mayor?

—¡Quiero matar al policía que asesinó a mi padre!

—Pero, Mike, ¿cómo sabes..., cómo piensas que un policía mató a tu padre?

—Padre no vino a verme, y sólo pudo ser porque le mataron. Y sólo pudieron ser policías. Cuando sea mayor, ¡seré *gángster*!

* * *

Pasaron tres años. Barney Vikers fue olvidando. Se enamoró... Mike Carter estudiaba en su casa. No frecuentaba ningún sitio, aparte las solitarias partidas de caza y pesca en que acompañaba a Barney Vikers.

Su lectura favorita eran los libros de viajes, y seguir con el dedo las líneas azules de ríos y los contornos del mar en las costas, en el Atlas.

Hablaba poco y era huraño...

—Una señora vendrá a casa, Mike —anunció un día el abogado

—. Será mi esposa, y tendrás que quererla y respetarla.

—Respetarla, sí, señor, como a usted le respeto. ¿Quererla?... En una noche los policías mataron a mis padres... ¡Ya no quiero a nadie!

—Los policías cumplían un deber, Mike. Como te decía..., vendrá una señora, y tú serás amable con ella.

—Lo seré, señor.

—Puedes llamarme..., por ejemplo, padre.

—Mi padre fue Larry Carter.

Barney Vikers le hizo saber a su esposa reciente, antes de llegar a la casa, que Mike Carter era testarudo y taciturno, pero que era bueno.

Ella sonrió.

—Tú sí que eres demasiado bueno, Barney. Este niño debería, estarte agradecido por todo cuanto haces por él. Al fin y al cabo, es el hijo de un asesino.

—¡Por favor! Me duele que hables así.

—¿Has pensado que tendremos hijos?... ¿Has pensado que algún día les pueden avergonzar, diciéndoles que son hermanos adoptivos del hijo de Larry Carter, el hombre que en una sola noche asesinó a siete seres humanos?

—No tiene el niño la culpa. Trátalo con cariño. Te lo suplico.

—Por ti lo haré.

Mike Carter era sensitivo, y captaba matices, difíciles para una persona mayor. Comprendió que la esposa de Barney Vikers le miraba con recelo, casi como quien mira a un monstruo. Oyó cierto día una conversación, en la que ella decía:

—No soy mala, Barney, pero estimo que sería mejor que enviaras al niño a un pensionado. Ya sabes que la herencia de la sangre es una ley casi fatal. Mike puede ir creciendo con instinto criminal. Es callado reflexivo, poco amante de juegos...

—Crece solo, sin alguien de su edad a su lado.

Mike Carter se encerró en el garaje y lloró a solas. Pasó el tiempo, y Barney Vikers anunció al muchacho que «ahora tenía una hermanita, que acababa de llegar de París». Una muñeca sonrosada que a los ocho meses gustaba de estar en brazos de Mike Carter, que la llevaba con cuidado, como si temiera romperla.

La niña aprendió a caminar asiendo la mano de Mike, y,

llamándole repetidamente por su nombre, quería que el muchacho fuera quien le pusiera alrededor del cuello el babero.

A los cinco años, muy seriamente, Nancy Vikers afirmó, estando a solas con Mike Carter:

—Tú no crezcas más, Mike. Tienes que esperar que yo crezca, y entonces nos casaremos. Tú serás mi marido. Pero no crezcas más.

Y sucedió el accidente que había de marcar la vida de Mike Carter con un sello propio. Tenía catorce años, y estudiaba el primer curso de Náutica, cuando, estando en el jardín, vio enmarcarse en la verja de entrada a un hombre de unos treinta y cinco años, alto, fuerte, con cara de boxeador. Era el inspector Joe Martin, del nuevo cuerpo federal de policía: los

«G-Men

» del

F. B. I.

Mike Carter palideció, y, cuando Joe Martin se acercaba, empuñó una azada, con la que asestó un furioso golpe contra el cuello del visitante.

La práctica de combatir hizo que a duras penas el inspector Joe Martin esquivara el filo cortante, y pudiera asir las dos muñecas del robusto muchacho, que, forcejeando, gritó:

—¡Tú..., lo leí... y vi... tu retrato! ¡Tú... mataste a mi padre!

Joe Martin le sujetaba las muñecas, mirando aquel rostro que le dedicaba una ojeada de odio indecible.

—Tú eres Mike... Lo siento, chicos —murmuró, contrariado.

—¡Y... aquella noche... tu visita... mató a mi madre!

Barney Vikers y su esposa acudieron, corriendo. El abogado, que había prosperado enriqueciéndose con unos hallazgos de minas, con cuyos productos tenía ahora una importante factoría de explosivos, pudo apaciguar a Mike Carter llevándosele.

Poco después regresaba, habiéndole encerrado en su cuarto. Joe Martin le explicó el motivo de su visita, después de decir:

—El chico olvidará. ¿Recuerda usted que tachó de locuras las frases de Carter referentes a cuatro millones en oro? Esos cuatro, millones existieron, y hoy valen doce. Por arreglos financieros pertenecen a los Estados Unidos, y el

F. B. I.

trata de averiguar dónde ocultó Larry Carter el contenido de cinco

sarcófagos. ¿No le dijo nada Carter?

—No. Nada en concreto.

—Últimamente, fue capturado un arqueólogo alemán que se dedicaba al espionaje. Estaba muy enfermo, y declaró lo sucedido en el «Valparaíso» y la desaparición de los cinco sarcófagos. Atando cabos, se ha reconstruido lo que pasó. La banda de Carter se apoderó de estos sarcófagos. Y Carter mató a los de su banda, después. Creo que sólo la casualidad permitirá descubrir, si se descubre, el lugar donde está el oro. ¿Y el chico qué tal, señor Vikers?

—Un poco resentido, pero eso es natural. Con el tiempo, cuando haga amistades, se enmendará.

—¡Pudo haber matado al inspector, Barney! —reprochó su esposa.

—¡Oh, no, señora! Yo soy duro de matar. El chico no es malo. Deben mimarle y, sobre todo, no hacerle comprender que es hijo de Larry Carter.

Desde su habitación vio Mike Carter marcharse al policía. Escaló su ventana, y, bajando por el tubo conductor del desagüe, llegó junto a la ventana del salón. Quería oír los comentarios de la señora Vikers.

Ella, decía:

—Ya, lo has visto, Barney. Mike tiene impulsos sanguinarios. Cometerá una atrocidad. Nancy es una niña en constante peligro...

—¡Por todos los santos! Pero si la niña y Mike se quieren como hermanos...

—Tu bondad tiene un límite. Escoge, Barney... ¡O mi hija o el hijo de Larry Carter! Llévalo a un colegio, donde sea..., pero no le quiero ver más junto a mi hija.

—Nuestra hija —corrigió Vikers.

Mike Carter no escuchó más. Subió por el mismo camino a su habitación, y, cogiendo papel y pluma, escribió:

«Señor Vikers:

»Me voy lejos y será inútil buscarme. Le estoy muy agradecido por sus bondades. Me apena separarme de Nancy, y también de usted. Pero podría suceder algo irreparable, y no lo quiero. La señora Vikers tiene razón.

»Adiós, y con la gratitud de
»Mike Carter».

En su despacho, Barney Vikers fue recordando cuanto dijo Larry Carter.

«Sólo hay una persona en el mundo que sepa dónde he escondido los cuatro millones».

Esta frase fue martilleando en el cerebro del ahora director-propietario del *trust* «Explosivos Natchez».

Larry Carter no era hombre de confidencias. Sólo con su hijo... ¡Sólo Mike podía saber...!

Subió precipitadamente a la habitación del muchacho, abrió la puerta, y vio la ventana abierta, la carta en sitio visible sobre la mesa...

Se precipitó a leerla.

Durante cinco días seguidos, por todo el Mississippi y Estados vecinos se buscó a un muchacho de catorce años cuya descripción física correspondía al aspecto que tuvo Larry Carter a la misma edad.

Todo fue inútil. Parecía como si el río caudaloso hubiese sumergido al fugitivo en sus aguas.

* * *

Un marinero, cuarentón robusto, trataba de encender su pipa protegiéndose del viento. Abandonó para ello el cuidado de la cesta de víveres que, como marinero del «Swains», había adquirido en el mercado de Natchez. «Viveres de escala», frescos, abundante fruta tropical... que en las neveras pierde sabor.

Estaba junto a una seta de hierro del muelle, esperando viniese a recogerle un bote del «Swains».

Mientras aplicaba la mecha a la cazoleta de su pipa, vio con el rabillo del ojo tenderse una mano hacia la cesta. La mano iba ya a coger un bollo de pan, pero hizo un movimiento de retroceso, y el cocinero percibió que le tocaban en la espalda.

Giró sobre sus tacones, examinando al muchacho...

—¿Qué hay, muchacho?

—Tengo... tengo hambre, señor —replicó Mike.

—No tienes trazas de mendigo. Coge este pan y aquel pedazo de queso fresco. Vistes bien... ¿Qué te pasa, chaval?

Mientras comía, los ojos de Mike Carter se empañaron en lágrimas. Con la boca llena, murmuró:

—Así me llamaba mi padre. Me decía también «chaval»... Yo soy el hijo de Larry Carter.

—¿Larry Carter? —Meditó el cocinero, rascándose por debajo de la visera un mechón de cabello.

—Me suenan estos nombres. ¿Y qué pasó con Larry Carter?

—Lo mató la policía. Era un *gángster*. Me quería mucho... Le mataron en un garaje de esta ciudad...

—¡Ya recuerdo! Diantres, diantres... Sigue hablando, chaval.

—Me adoptó un buen señor, un abogado amigo de mi padre. Yo estaba muy bien, y empezaba a estudiar para piloto, pero hoy vino el policía que mató a mi padre, y yo quise matarle... La señora del abogado, sin saber que yo estaba escuchando, dijo al señor Vikers que este escogiera entre seguir adoptándome, o su hija... Yo he escapado. No quiero volver a casa, porque la señora tiene miedo de mí. Estoy muy solo, señor..., y mi padre decía que la gente marinera es buena y generosa. Yo quiero ser marino. Haré lo que sea... Me llamo Mike.

El bote del «Swains» iba acercándose. El cocinero volvió a rascarse la frente por debajo del mechón...

—Chaval... Mi barco va a China. Es un *tramp*. Pasa por Panamá, atraviesa el Mar del Sur, las islas, el norte de Australia, y, al regreso, llega hasta el final del Mississippi. Carga lo que sea y es peligroso. Claro que yo necesitaría a bordo un ayudante como tú...

—¡Lléveme, señor! Nunca se arrepentirá.

—Oye, Mike. ¿No has hecho nada malo?

—No, señor. Nada.

—Puedo decir que eres un sobrino mío. Verás, Mike... Tus ojos son elocuentes, y tienen algo así como la tristeza de estos buenos perrazos abandonados. ¡Maldita sea! ¡Ven conmigo!

Mike Carter se inclinó sobre la cesta, y, radiante al levantarla, comentó:

—Iba yo a robarle, señor. Pero me dio no sé qué. No pude.

El bote atracó junto a la escalerilla. El cocinero, bajando,

anunció:

—Mi sobrino Mike. Un chaval de los buenos. Estos dos son James y Patrik. Coloca la cesta a proa.

—Buen grumete —rezongó uno de los remeros—. Este sobrino tuyo, Curry, si no lo envenenas con tus guisos infames, se hará un atleta temible. ¡Cía, James!

Mike Carter asistía emocionado a su «bautismo» marino. Era ya un tripulante del «Swains», el barco que recorría una ruta exótica, desde el nacimiento del Mississippi hasta la lejana y misteriosa China.

En el puente, el cocinero Curry murmuró:

—Atento ahora, chaval. El capitán es algo duro, pero muy justo. Ponte tieso cuando lleguemos delante de él.

El capitán grueso, bajo, con un collar de barba a la holandesa, miró al muchacho que sostenía la cesta de víveres.

—¿Quién es este jumento?

—Mi sobrino, capitán. Se llama Mike. Pido permiso para tenerlo de ayudante, capitán.

—Si tú te lo pagas, y sin *enrol*, allá tú, Curry. Yo no lo inscribo en la lista del «Lloyd's», porque no lo necesito. Que viaje como polizón, y si trabaja bien, ya hablaremos de formalizar su documentación.

Curry saludó, y poco después entraban en las cocinas, que apestaban a aceite, grasa de máquinas y salazones.

—Éste es mi reino, chaval. Somos independientes, y cuando te acostumbres al calor y a no pillar pulmonías saliendo de aquí a las cubiertas, para llevar el café a los de servicio, esto te gustará.



¡Dios mío, Larry! Estás perdido...

—Sí, señor.

—Llámame tío Curry.

—Sí, tío Curry. Y... ¡gracias, tío Curry!

—Bueno, bueno, sin ponernos tiernos. ¡Venga, a pelar patatas, grumete!

Y empezó el desfile de puertos exóticos, nombres llenos de

evocaciones para el imaginativo muchacho. La Habana, Kingston, Panamá, Guayaquil, Samoa, Fidji, Mar del Coral, Estrecho de Torres, Manila, Formosa, Shanghai...

Todo era motivo de admiración y maravilla para Mike Carter. Un tifón vapuleó la nave en su paso por el Mar de Arafura, entre Timor y Nueva Guinea...

El muchacho tuvo que acudir a las bombas para evitar el anegamiento del casco. Trabajó incesantemente durante ocho horas sin dar muestras de desfallecimiento.

Cuando el «Swains» salió de peligro y ancló a reparar averías, el capitán hizo llamar al grumete.

Mike Carter entró con cierto temor, pues había ya visto al capitán convertirse en una furia al echar reprimendas, y manejar con mucha soltura pies y puños pese a su corta estatura, que al enfurecerse le hacía semejar, como decían los tripulantes, a una pelota maciza rebotando.

—Pasa, grumete. Vamos a ver. Tú eres sobrino de Curry, ¿no? Sabes leer y escribir. Además, dice Curry que hasta sabes álgebra. Llevas metido en la cocina ocho meses, y te sobran por día un par de horas, que quitas al sueño, para estudiar Geografía, costumbres y el litoral de los sitios por los que pasamos. Tienes ambición, y eso me gusta. Te has portado como un bravo, y va a ser cuestión de pensar en enrolarte en firme. En este puerto los del «Lloyd's» no son muy preguntones. ¿Cómo quiere llamarte?

—Mike Carter, capitán.

El capitán empezó a escribir. Preguntó:

—¿Nacido dónde?

—Nueva Orleans.

—¿Nombre del padre, y la madre?

—Larry Carter y Esther.

—¿Residen...?

—Murieron.

—¿Larry Carter? Me suenan estos dos nombres. ¿Dónde leí yo algo de esto? Estamos solos, grumete. Habla claro.

—Mi padre fue *gángster* y murió en un garaje... el año 1926, en Natchez.

—Bueno, eso no es necesario anotarlo, muchacho. ¿Quieres una copita de un licor dulce? Toma, sírverte tú mismo. Bien, bien... Oye,

Mike; yo tengo pupila para adivinar al marino de vocación. Tú serás un gran capitán de mar. Te descontaré de la paga los libros y vas a estudiar de firme. Ya me arreglaré yo para que una escala coincida con exámenes. Y te voy a brear a puntapiés si te dan calabazas. Si la cocina te pesa para estudiar, puedes ser mi camarero.

—Gracias, capitán; pero prefiero estar siempre junto a tío Curry, que me recogió.

—Eso se llama lealtad, y es de estimar. ¿Cuántos años tienes ahora?

—Voy por los quince, capitán.

—Me como el ancla si tú no vas a ser un gran hombre. Y ahora, lárgate. Toma este dólar de plata. Trabajaste como los buenos.

El «Swains» empleaba unos catorce meses en volver de nuevo al Golfo de Méjico, aceptando cargas allá donde se presentaran. Cargas que otros despreciaban porque, si bien pagadas, eran peligrosas.

Copra, que se incendiaba, explosivos, fieras para circos, maderas de difícil estiba... Cuando la nave «Swains» entraba en Nueva Orleans, «tío Curry» indicó:

—Tal vez sería mejor que no desembarcaras por el curso del río, Mike.

—No bajaré a tierra.

—Lo digo porque si tu padre adoptivo sigue haciéndote buscar..., tendrías que regresar a su mundo.

—Mi mundo es el «Swains» y usted, tío Curry.

Al pasar por delante de las colinas de Natchez, Mike Carter pensó en la sonrosada muñeca que le había hecho prometer que no crecería.

Era lo que más le dolió al huir: separarse de Nancy Vickers. Se reprochaba lo que le parecía falta de gratitud. Pero había algo indefinible, que no le hacía querer al abogado Vickers... No sabía lo que era, pero se sentía siempre molesto ante Barney Vickers.

Siguió navegando, aprobando dos cursos de pilotaje. Al tercer año de navegación, un incendio producido por copra húmeda, devoró el «Swains». El capitán pereció.

Mike y los doce supervivientes, entre los que se hallaba Mike Carter, estuvieron a la deriva en una lancha ocho días, siendo recogidos en lamentable estado por un «cargo» holandés.

En el puerto de Manila, ambos se enrolaron en un mercante que hacía cabotaje por la costa asiática. Después, consiguieron lo que deseaban: un barco que subiera el Mississippi, para poder Mike seguir sus exámenes en la Escuela Náutica de Springfield, en el Illinois.

Recién adquirido el flamante título de piloto, lo celebró con Curry, que le propuso «coger una borrachera de capitán».

Dos años después, Mike Carter lloraba apesadumbrado la muerte de Curry, que cogió una pulmonía, a lo largo de la costa sudamericana.

Mike Carter se consideró de nuevo un huérfano. Tenía veintitrés años, y era segundo piloto en un mercante de la «Mississippi-Shanghai».

No bajó nunca a tierra ni en Nueva Orleans ni en Natchez. Era, en lo físico, la viva imagen de Larry Carter. Y fue entonces cuando empezó a pensar en el extraño dibujo y la frase que su padre le enseñara, la última noche en que le vio con vida.

Pero no quiso profundizar. Su vida era el mar. Lo que menos esperaba era que, cuando a los veinticinco años, siendo primer piloto de la misma línea, el barco ancló en Nueva Orleans, un hombre ya canoso, pero robusto y de acerada mirada, iba a venir personalmente a visitarle, a proponerle lo más increíble.

Mike Carter no reconoció a Joe Martin hasta que éste, en su camarote, saludó con cierta modestia:

—¿Podemos hablar de hombre a hombre, piloto Mike Carter?

CAPÍTULO IV

DESAFIAR A LA MUERTE

Mike Carter se levantó, y, aunque en sus pómulos se agolpó la sangre, y sus párpados, al entornarse, dieron a su mirada una expresión de repentina agresividad, dijo, con voz trémula que se esforzó en hacer calmosa:

—Buenos días, señor Martin. Siéntese en este sillón. No puedo decirle, que le aprecio, ni mucho menos, pero han pasado ya muchos años, desde el tiempo en que cogí un azadón con el propósito de matarle.

—Exactamente, once años, piloto Carter —replicó el inspector, sentándose y sin poder reprimir un hondo suspiro de alivio—. Es usted... el vivo retrato de Larry Carter.

Detalló el inspector los negros cabellos de densos rizos rebeldes, el rostro algo achatado de voluntariosa expresión, las cuadradas mandíbulas, la corta nariz recta, los anchos ojos negros. Había algo de brutalidad agresiva en el semblante de Mike Carter, pero también los ojos tenían suavidad reflexiva, matiz ensoñador...

Alto, ancho de espaldas, largo de piernas, era Mike Carter un ejemplar de atleta.

Los dos minutos de silencio resultaron algo tensos. Dijo Carter:

—Celebro su visita, inspector, para desvanecer todo equívoco. He comprendido ya que usted cumplió un deber, que usted defiende a la sociedad, y que era también natural que yo, entonces un chiquillo, no pudiera apreciar estas razones. Mi padre eligió un camino fuera de la ley, y perdió. Usted ganó. No se trataba de una cuestión personal, sino de dos caminos opuestos.

—Entonces, ¿usted me ha perdonado ya?

—Nada tengo que perdonarle, inspector. Usted está al servicio de la ley. Eso es todo, Por lo que se refiere, a Larry Carter, yo, como hijo suyo, no puedo felicitarle, pero he comprendido que mi odio hacia usted era injustificado. Usted no mató a un hombre que lo era todo para mí: usted fue el instrumento de la ley.

—Me complace verte así, y permíteme que te tutee. Te conocí que eras un niño, valiente y testarudo, pero noble. Yo... habría hecho lo mismo, Mike. Mi oficio es duro, pero necesario. ¿Ha acabado, pues, entre nosotros toda tensión?

—Por completo, inspector. Usted no es un hombre particular. Entiéndame. Si quien hubiese dado muerte a mi padre hubiera sido un sujeto como yo, *gángster* o piloto, el caso cambiaría. Porque entonces así que no cesaría hasta matar con mi propia mano al que se hubiese tomado una prerrogativa que sólo pertenece a la ley y a sus representantes.

Joe Martin se acarició la barbilla, pensativo. Por fin, replicó:

—He venido a decirte quién mató a Larry Carter...

El piloto se sobresaltó, y sus manos se crisparon alrededor de la barra del asiento en que se apoyaba, frente al inspector del F. B. I.

—Tu padre era un hombre bueno y normal, hasta que conoció a un sujeto que le propuso ganar dinero fácilmente. Sí, al principio no era más que un asunto de contrabando. Y tu padre aceptó. Pero cuando se empieza a rodar la pendiente, no hay freno. El contrabando traía consigo rivalidades de banda. Para defender contra el ataque de otros *gangsters* la carga de licores tu padre apretó el gatillo. Después... no fue a preguntar si los que llegaban eran policías. Se había ya acostumbrado a apretar el gatillo. ¿Quién mató a tu padre? Los *gangsters*, al hacerlo uno de ellos.

—También he pensado en esto, inspector.

—Luchar contra ellos, suprimir a todos los que para delinquir usan armas y no son guiados por el hambre, sino por una mala ambición, ésta es la misión de nosotros, los instrumentos. Y dormimos muy a gusto, Mike, porque sabemos que, desafiando de continuo la muerte, procuramos salvar de ella a muchos seres inocentes. Ser policía honesto, es el mayor honor a que puede aspirar un hombre. Es como ser un moderno caballero andante. Ya

sé que hay policías sobornables, pero no olvides que cualquier grupo humano tiene también sus Judas. Si de cada cien, uno es indigno, los noventa y nueve restantes son, por contraste, tanto más dignos de enaltecimiento.

—No es necesaria su defensa de la policía, inspector. Las palabras sobran, por cuanto todo ser decente admira la labor de este cuerpo abnegado.

—¿Has oído hablar del «Federal Bureau of Investigation»?

—Si, y sus hombres son elegidos por valientes, nobles y refractarios a toda traición.

Joe Martin sonrió, y dijo, lentamente:

—Necesitamos de hombres como tú, Mike. Hábiles en la pelea, y lo has demostrado desde Shanghai al lago Itasca, donde nace el padre de las Aguas, el Mississippi. No me he informado de tus pasos con mala intención, Mike. Mírame bien, y verás que no soy mezquino.

—Me consta, inspector. Si usted se informó de mis andanzas, no sería con mal fin.

—He sabido que peleando eres recio, y que en todos los barcos donde has estado tu palabra ha sido considerada sagrada; que eres valiente y leal.

—Gracias, inspector; pero yo soy piloto, y pienso algún día llegar a capitán. No tengo nada que hacer en el

F. B. I.

—Estás en un error, Mike. Tus viajes por una ruta poblada por traficantes de drogas, espías, aventureros de toda laya, te proporcionarían abundante ocasión de prestar servicios a la ley, de evitar que hombres buenos y normales como Larry Carter pudieran caer en las redes de *gangsters*. Es decir, como hijo de Larry Carter, tu obligación moral es luchar contra los responsables de la trágica senda que siguió tu padre.

—Mi vocación es la que profeso, y mi ruta, el mar, inspector.

—No las dejarás. Precisamente continuando tu normal profesión rendirás mejor labor. Pero hay algo de que hasta ahora no te he hablado, Mike. Siendo agente del

F. B. I.

, tu primera obligación será informar de hechos que de otro modo callarías, y, además, tendrás derecho al uso de pistola.

—No me hace falta. Me sobran puños, inspector...

—Bien; voy, pues, al objetivo principal de mi visita. Estás en peligro de morir. Un peligro inminente, Mike. Y acompañado de una agonía tal vez atroz —y el inspector tenía ahora una entonación acentuadamente dramática—. Si yo supiera cómo evitarlo, no estaría aquí, Mike. Te acechan. ¿Quiénes? Todavía no lo sé. Tratarán de capturarte, y, empleando torturas, hacerte hablar...

—Pero ¿qué absurdo es éste, inspector? Los enemigos que he podido crearme son muy pocos. Nos pegamos, gané yo..., y entre gente de mar las cosas que con los puños se resuelven no dejan un odio tan feroz como el que usted describe.

—Voy a hablarte de un secreto, Mike; algo que puede reavivar la llaga de tu orfandad, pero que es necesario. La noche en que Larry Carter se despidió para siempre de ti, ocurrieron hechos que, al ser puestos en claro, revelaron muchos puntos totalmente sin sentido. Hoy sabemos que unos arqueólogos alemanes, en sociedad con unos mejicanos, fingieron embarcar unos sarcófagos que en realidad contenían oro en lingotes, por una cantidad que hoy vale cerca de los veinte millones. Todos los relacionados con este asunto murieron airadamente... Pero en el camión empotrado en el río, no había rastros del oro. Larry Carter lo había escondido... ¿dónde? Él se llevó el secreto. Pero, según rumores llegados al

F. B. I.

, hay unos mejicanos, tal vez familiares de los dos que murieron aquella noche, o de los arqueólogos, que han llegado a una conclusión. Larry Carter sabía que emprendía una acción peligrosa, y la noche en que su banda se propuso robar el oro, debió confiarse a alguien. Y han llegado a la conclusión que o bien tú sabes dónde está el oro, o, ignorándolo tú mismo, puedes revelar si dejó algún plano... ¿Me sigues, Mike?

—Por entero, inspector.

—Afanosamente, han tratado de averiguar qué ha sido del hijo de Larry Carter. Se trata de veinte millones de dólares. Ahora mismo, en este instante, sube a bordo alguien, quien menos te figures, alguien que yo no sé quién es..., procurando hacerte caer en una trampa. No es difícil imaginar lo que te sucedería. Al invocar tú ignorancia, acudirán a toda clase de tormentos, como en los tiempos antiguos entre piratas. No se detendrán ante nada. Hay

muchos mejicanos y alemanes por el Mississippi, Mike. ¿Te das cuenta de que no exagero al tratar de explicarte el peligro que sobré ti se cierne?

—Le agradezco el haberme avisado, inspector. Y acepto su oferta. Seré del

F. B. I.

, porque comprendo que el defenderme a tiros, particularmente me acarrearía perjuicios. ¡Con razón mi padre decía que el oro atraía la maldición!...

—Ah, ¿pero Larry Carter te habló del oro?

—Yo sólo tenía entonces cinco años, inspector. Bien, ¿qué debo, hacer?

—Hay una máxima que me doy como modelo de existencia. Dice así: «Quien no aventura la vida, la pierde constantemente». Quiere significar que quien no desafía a la muerte, quien no sale en su busca y se agazapa temeroso, muere mil muertes de miedo antes de morir de veras.

—Estoy de acuerdo. Sé ya lo que debo hacer. En cada puerto, por el Mississippi, bajaré a tierra y acudiré a los sitios donde es más natural que acudan en mi busca. Y, tarde o temprano, veremos quién puede más: si ellos en la sombra, agazapados, o yo a cara descubierta.

—¡Muy bien, Mike! Pero ten presente lo que voy a decirte: todo agente del

F. B. I.

está obligado a familiarizarse con los posibles métodos que puedan emplear los maleantes; según los casos. Pueden los que te perseguirán ahora con saña acudir a medios atractivos... Una mujer.

—Comprendo. Debo, pues, desconfiar de cualquier mujer...

—Esto es lo malo, Mike. Tú eres un hombre apuesto, y habrá mujeres deseosas de convertirse en tu novia. Y a lo mejor nada tendrán que ver con los *gangsters*. Pero para eso te dieron un seso. Yo no puedo ayudarte, porque he de realizar una misión en Florida. Irás a la lucha con tus propios, medios... Y aunque es peligrosa tu empresa, confío en ti. ¿Vienes a tierra conmigo?

—Había prometido no bajar en Nueva Orleans ni en Natchez..., pero ahora lo haré. Es extraño, inspector..., pero tengo ahora la impresión de que si elimino a estos *gangsters* que pretenden

arrancarme un secreto, vengaré en cierto modo a mi padre, por cuanto si éste me abandonó a los cinco años, fue por culpa de otros malhechores.

—Así es, Mike. Ahora, muchacho, pisa con cautela. Muévete con el sexto sentido siempre alerta. Y ojalá pronto en el F. I. B.

central me informen de que el nuevo agente. Mike Carter ha triunfado plenamente en su primer caso.

—Un caso, inspector, muy personal.

—Por esto mismo, tendrás más interés aún, y verás... Cuando triunfes, cuando logres derrotar a los que pretenden vencerte, sentirás una alegría inmensa. Es un deporte donde la muerte ronda, y por esto mismo, muy del agrado de hombres cabales. Me voy, Mike... Y... esto, ¿tienes... —carraspeó Joe Martin, añadiendo—:... tienes inconveniente en estrechar mi mano?

—Mi padre, al morir, no le pudo odiar, inspector, porque también él debió comprender que usted no era más que un instrumento, como yo ahora quiero serlo, en defensa de la Ley. ¡Por nuestra amistad, inspector Martin!

Ambos estrecháronse fuertemente las manos, y Joe Martin, endurecido por veinticinco años de servicio en constante lucha a muerte contra los delincuentes, no pudo ahora evitarse cierto gruñido al percibir que en su garganta había una contracción extraña...

Acarició torpemente la rizada cabeza morena, gruñendo:

—Buen muchacho, buen muchacho... Suerte, Mike. ¡Ah!... Si pasas por Natchez, visita a tu padre adoptivo. Le dolió mucho tu huida. Ahora es viudo. Su esposa murió hace seis años.

—¿Y Nancy?

—¡Oh, Nancy!... ¡Muchacho! Es una rica mujercita en los dos sentidos. La llaman «Miss Dinamita»: es guapa, pero su padre la consintió mucho. Ha crecido creyendo que la mujer debe ser dueña de todos sus actos. Tiene buen fondo, pero es autoritaria, caprichosa en fin, una consentida.

—¿Por qué la llaman «Miss Dinamita»?

—Su padre ha hecho mucho dinero con explosivos. Y Nancy es también un poco como la dinamita: al verla parece una santita, incapaz de romper un plato, pero cuando algo no resulta de su

agrado, se inflama y es un torbellino. Bien, me voy, Mike. Repito: suerte... y bien, ya que somos amigos, ¡un abrazo!

Cuando el inspector Martin se hubo ido, dejando sobre la mesa del camarote una pistola «Lüger» y un carnet en funda impermeable, extendido a nombre de Mike Carter, sin fotografía, donde el piloto debía estampar sus propias impresiones digitales, el nuevo agente del

F. B. I.

empezaba a experimentar los primeros síntomas descritos por el inspector.

Le producía una excitación agradable el pensar que ahora, desafiando la muerte, lucharía contra los ambiciosos sin escrúpulos, clase que fue la que perdió a Larry Carter.

Procedió a afeitarse. El barco hacía una escala de cuatro, horas. Revistió su traje azul con los galones de su profesión, y prendió la funda de la pistola sobre el tirante, en el costado izquierdo.

Se caló la gorra y salió a cubierta. Un camarero se aproximó:

—Una señorita pregunta por usted, piloto Carter.

—¿Dónde?

—Está en un coche, allá...

Miró Carter en la dirección señalada. Vio un «Auburn» dos plazas, y en el volante, unas manos finas, de rojas uñas...

Pensó en los mejicanos y alemanes. Con paso elástico bajó la escalerilla, aproximándose al coche, del que, cuando él se acercaba, descendió una mujer.

Era alta: una armónica elasticidad corporal se desprendía de su presencia. Él busto, redondeado, era puesto en relieve por la blusa de color azul claro en juego con el tejido azul oscuro de su traje sastre.

Calzaba fino zapato de piel de serpiente, y la tensa media de nylon moldeaba la fina pierna, que descubrió más allá de la rodilla al descender del coche.

Su rostro era de delicado dibujo en su óvalo facial, y casi mística la expresión de sus ojos azules.

Pero el cabello, en larga onda cascabeleante, que caía sobre sus hombros, desparramándose sedoso como si escapara de la pequeña cárcel que era el minúsculo sombrero redondo y achatado que llevaba muy atrás, casi como un bonete, era de un color rojo

brillante.

Sus labios eran mórbidos, sensuales, prietamente gordezuelos y golosos. Mostró los nacarados dientes en sonrisa divertida, y su rostro de colegiala tuvo de pronto un aspecto muy distinto... Era burlón, alegre, casi mefistofélico.

—¿Es usted el piloto Mike Carter?

La voz era de tonalidad grave... «La voz de las vampiresas del cine», solía definir Carter este registro de contralto.

—Yo soy, para lo que usted guste mandar.

—¡Qué fino! —rió ella—. ¿Y sabe usted quién soy yo?

—Una mujercita preciosa, que no tendrá más allá de veinte años.

—¿Qué más? —rió ella.

—Que viste elegante, con prendas de buen gusto, que tiene un coche espléndido, y una figura arrebatadora.

—¡Marino, marino! ¡Hombre veleta, con un amor en cada puerto! ¿Qué más ve usted en mí, pilotó Mike?

—Que la sinfonía del azul en los ojos es un mar peligroso, y el pelirrojo anuncia un carácter apasionado.

—Usted debe estar acostumbrado a que las desconocidas vengan a buscarle. Otro, en su lugar, se extrañaría; preguntaría cómo me llamo; en fin, no sería un don Juan acostumbrado a buenas fortunas, como lo está resultando usted, señor piloto.

—Cuando la sirena aparece, el pobre tritón no le pregunta su nombre, sino que sucumbe al dulce canto de su fascinación.

—Palabras, palabras y sólo palabras. Si yo le rogara que me invitase a un cóctel, ¿qué me diría usted?

—Si llevo el volante, acepto la invitación.

—Mi coche lo conduzco yo.

—Entonces iremos a pie o en un taxi.

—¿Por qué, si se puede saber?

—Por la sencilla razón de que un varón sentado junto a una mujer conduciendo hace el mismo efecto que un marido paseando el perrito pekinés mientras la señora fuma.

—¡Ah, ya!... ¡Usted es de los anticuados!

—Nací hombre, y la raza del hombre le dio la costilla a Eva, o sea, que tiene supremacía.

—Usted es gracioso, ¡vaya que sí!

—Y usted debe ser deliciosa, cuando deje de adoptar el estilo de niña «atómica» para ser simplemente lo que es una mujer adorable.

—¡Vaya! —Y ella se cruzó de brazos, en un gesto gracioso—. Ni me pregunta quién soy, me llama niña «atómica» y quiere coger el volante. Sepa usted, señor piloto, que yo estoy acostumbrada a...

—¡Chispa! —exclamó Mike Carter alborozado y riendo emocionado repentinamente—. Tú..., ¡tú eres «Miss Dinamita»! ¡Tú eres mi Nancy!... ¡Ven acá y abrázame!

Ella retrocedió, asustada.

—¡Eh, poco a poco, hombre primitivo y brutal!... En efecto, soy Nancy Vikers, y vine a buscarte cuando mi padre me dijo que había averiguado que eras piloto en este barco. Pero... ¡yo llevo el volante! Y en cuanto a lo de abrazarnos..., ya no somos niños jugando.

—Cierto. Has crecido, y aunque te lleve yo un palmo... ¡Chispa! Eso eres, una chispita simpática. Vamos, que tenemos que hablar mucho. Hace ya cientos de años que deseaba verte.

—Pues no lo parece. Has pasado muchas veces por delante de las colinas de Natchez.

Mike Carter fue a abrir la otra puerta, y, cogiéndola por un codo, la hizo sentarse, mientras daba vuelta al coche para ir a ocupar el sitio del volante.

La encontró a ella cogiendo el volante, y guiñándole un ojo con picaresca burla, dijo:

—Yo conduzco.

—A testarudo nadie me gana, chispa. Si no te portas como una mujer, nos estaremos aquí en el muelle hasta que mi barco zarpe.

—Pero ¿qué importancia tiene todo esto? Vaya, has ganado, caprichoso. Llévame al «Milor», que es un sitio muy típico.

Mike Carter, ya al volante y en movimiento el coche, replicó:

—Iremos a la Cornisa Azul, la que domina el *bayou* y el mar. Estaremos mejor para hablar que en un cafetucho.

Pensaba también que no quería exponerse a que sucediera algo violento, estando Nancy Vikers a su lado.

—No me has preguntado por papá.

—¿Qué tal está?

—Bien; fuerte y emprendedor. Te espera en Natchez. Debes verlo. Te portaste mal huyendo.

—Eras tú muy pequeña entonces para entender lo que me hizo tomar la decisión de huir.

Tras el «Auburn», un coche de siete plazas se puso en movimiento. Al volante iba un individuo de rasgos bronceados, negro bigote y ojos rasgados, tipo peculiar de mejicano.

Atrás iban dos hombres más: Uno de ellos tenía una cara repulsiva, tal vez por su bigote lacio, de puntas caídas hacia abajo; por los pequeños ojos, y la blandura de su rostro grasoso. Dijo, en español, al chófer:

—Sígale al mozo. Se presenta bien la cosa... Van camino de la Cornisa, como románticos tórtolos. Y no me perdáis de vista, que lo quiero enterito. Lo que quiero es su lengua hablando y no, su carroña muda.

En el «Auburn», Nancy Vickers replicaba:

—¡Cualquiera diría que me llevas muchos años!

—Siete, los precisos para que tú para mí seas una niña.

—No me has dicho aún por que huiste. Tampoco mi padre quiso explicármelo.

—¿No sabes que yo soy hijo de Larry Carter? —dijo él duramente.

—No tenemos culpa de aquello que nuestros padres hacen, Mike —y la voz de ella tuvo inflexión cariñosa—. Es como si, por ejemplo, mi padre cometiera algo malo..., ¿iba yo por ello a avergonzarme ni a dejar de quererle?

—Gracias, chispa. Tus palabras me hacen bien, porque ni yo me avergüenzo de ser el hijo de Larry Carter ni he dejado nunca de quererle, porque conmigo fue bueno.

—Entonces, ¿por qué huiste?

—Quería ser marino, ver mundo, viajar..., ser independiente.

La carretera, abandonado ya el núcleo portuario, ascendía ahora en suaves curvas bordeando mar y *bayou*.

El «Buick» ocupado por los tres mejicanos marchaba a medio centenar de metros tras el «Auburn», que se detuvo en una rotonda.

—Frene el amigo —dijo el mejicano de rostro repulsivo—. Han parado en el mirador. Se van a enternecer contemplando el azul del cielo.

—Patrón —dijo el que, frenando, detuvo el coche en un sendero lateral.

—¿Qué le pasa al patrón? —masculló el grueso mejicano.

—El piloto es fuerte, y puede, llevar pistola, patrón. No se dejará coger fácilmente.

—Para esto os escogí a los dos, que o sino habría venido con la vieja Marta y el sacristán. ¿No presumís de machos? ¿No sabéis tirar el lazo? Pero eso sí... Pena de la vida tiene el que se la quite al piloto Mike Carter. Id allá, que la ocasión es buena. Él estará distraído con la pelirroja. ¡Pronto, que lo quiero ya aquí, sin sentido, pero con mucha vida!

CAPÍTULO V

LA PERSECUCIÓN

La rotonda era un ensanchamiento de la carretera que, en uno de sus números virajes, aparecía a ras de acantilado, permitiendo contemplar la panorámica del golfo y el delta del Mississippi.

Nancy Vikers sonrió cuando el piloto detuvo el coche, y paró el motor.

—Seguro que ahora vas a explicarme la técnica del *flirt*. No veo por qué razón hemos venido hasta aquí.

—Te he llevado para explicarte que, debido a motivos especialmente extraños, no podíamos ir tú y yo a ningún lugar de la ciudad, y mucho menos al «Milor», donde abundan los peligros.

—¿A qué clase de peligros te refieres?

—No seas superficial conmigo, Nancy, que no soy ninguno de los señoritos que con sus empalagos te han estropeado el natural. Hablas siguiendo un estilo, normal en tu club de tenis, pero no conmigo.

—No me explicas qué peligros temes, Mike.

—Lo que sé, es que, estando tú a mi lado, no puedo ni siquiera arriesgarme a violencias, por temor a que salieras tú perjudicada.

—Tu misteriosa conducta resulta muy interesante, Mike.

—Creo que si el señor Vikers te hubiese zurrado de vez en cuando, hubieses salido ganando.

Por el espejo retrovisor miraba Carter la carretera. Pasaban coches de vez en cuando. Le llamaron la atención dos individuos vestidos de blanco dril, con zapatos de color y corbatas detonantes, que aparecieron a pie, en el viraje.

Sus rostros eran netamente aztecas, de tez bronceada, ojos negros, bigotes poblados y labios gruesos.

Uno de ellos se abanicó con su sombrero pajizo. El otro, rebuscó en su cinto, donde sobre el cuero del cinturón había enrollada una cuerda flexible, de cuyo extremo empezó a hacer un lazo...

Mientras se acercaban hablaban en voz baja. El más grueso, con la barbilla mal afeitada, hizo un gesto indicando al otro la parte izquierda de la rotonda.

Mike Carter puso el contacto y pisó el embrague. Los dos mejicanos empezaron a correr hacia el coche.

El «Auburn» saltó en brusca arrancada, mientras Nancy Vickers exclamaba, sorprendida:

—¡Mike! ¿Qué mosca te ha picado?

—Mira por el retrovisor, chispa. Fíjate en los dos tipos...

Ella vio a los dos mejicanos, que corrían pretendiendo cortar el paso al coche que describía la vuelta de la rotonda.

Uno de ellos hacía girar un lazo sobre su cabeza, mientras el otro, llevándose la mano al bolsillo posterior del pantalón, vociferaba:

—¡Se escapa, Pablo!...

El lazo penetró silbando por la ventanilla, rozando el rostro de Nancy Vickers, que fue empujada hacia atrás en el asiento por Carter, el cual pisó ahora a fondo el acelerador.

Atrás quedaron los dos mejicanos, agitando los brazos y llamando.

—¡Mike! Tenían... tenían cara de asesinos esos dos hombres — fue diciendo ella, entrecortadamente.

—No piensan matarme todavía... porque están deseando hacerme algunas preguntas. Es un contratiempo inesperado el que tú hayas venido precisamente cuando yo, a solas, hubiera podido averiguar quiénes son estos dos...

—Un poco más, y el lazo te coge por el cuello, Mike. ¿Por qué... por qué frenas ahora?

—Quiero ver si nos siguen. Tú, húndete bien en el asiento. Escucha, Nancy... ¿Me prestas tu coche?

—Claro que sí, Mike.

—Entonces, baja, y escóndete entre los matorrales, allí. Te recogeré después.

—No, Mike. Soy miedosa como mujer, pero no cobarde. Si te pasase algo, no me lo perdonaría.

—Es que tu presencia es un contratiempo. Tengo que huir...

—Dices que no piensan matarte... por ahora. Por lo tanto, no corro peligro. Y, además, seré tonta, pero a tu lado me encuentro muy a gusto, Mike.

Al arrancar el «Auburn» bruscamente, los dos mejicanos llamaron, a gritos:

—¡Patrón! ¡Señor López! ¡Se escapa!...

Juancho López, al volante del coche que estaba detenido en el recodo, junto a la entrada del viraje que conducía a la rotonda, masculló una sarta de imprecaciones furiosas al oír los gritos de sus cómplices.

Pisó el acelerador, y los dos, que habían fallado su intento de atrapar al joven piloto, corrieron, señalando a la vez a la carretera al frente de ellos.

Saltaron a los estribos, dificultosamente, mientras Juancho López sacaba el máximo de velocidad al «Buick». Divisábase el otro coche, asomando a unos dos kilómetros, por un recodo, en la carretera de la Cornisa Azul.

—¡Mostrencos botarates! —Gruñó Juancho López—. Ahora el mozo está alertado.

—Debía estarlo ya, patrón, porque, apenas tuvimos tiempo de acercarnos, que ya estaba rajando...

—¡Te rajo si no callas, machango! Se nos pueden escapar miles de pesos, todo por vuestra inutilidad...

—¡Se paró, patrón! ¡Mire allá!

En la recta por la que ahora entraba el «Buick», veíase al extremo el «Auburn» parado.

—¡Disparo a las gomas, patrón!

—¡No! Ha de ser sin ruido, o se nos echarán encima las motos de tráfico. Y, si el mozo avisa al primer motorista que encuentre, estamos listos. Tenemos que seguirle de cerca... Ya vuelve a arrancar...

Por el cristal de atrás, Mike Carter pudo ver, a través del parabrisas del «Buick», el rostro redondo, repulsivo, de Juancho López. Nancy Vickers, que también miraba, murmuró, estremeciéndose, a medida que el parabrisas del coche seguidor se

hacía, más grande:

—¡Huyamos, Mike! Este del volante es... horrible... Debes... ¡avisar a la policía! Allá en el cruce con la carretera de Bâton hay un hangar de motoristas del tráfico.

Mike Carter se limitó a conducir a una marcha moderada, en espera de apreciar si el coche perseguidor intentaba ponerse a su altura o adelantarlos...

Pero Juancho López, distanciado un centenar de metros, parecía querer mantenerse a esta distancia.

—Nos siguen, Mike. Avisa a la policía cuando lleguemos al primer puesto de gasolina. Phoneas.

—Llevo el volante, Nancy. No quisiste apearte cuando era tiempo, y ahora lo único que importa es ponerte a salvo. A ellos no les interesa llamar la atención a plena luz.

—Pero ¿puedes explicarme a qué obedece todo esto, Mike?

—Muy largo es de contar. Ya te lo haré saber cuando haya atrapado a todos los que componen la banda.

—¿Atrapado, Mike? Estamos huyendo.

—Naturalmente, porque estás conmigo. Y dime: ¿qué es lo que hubieras hecho al dejarme, suponiendo que, como tú querías, hubiésemos ido al bar?

—Regresar a casa, a Natchez.

—Esta carretera lleva a la bifurcación de Natchez. Podemos seguirla, y apenas se eche encima la noche, que no tardará, ya hallaré medio de averiguar lo que quieren estos desconocidos.

En el «Buick», comentó Juancho López:

—Han pasado por un surtidor de nafta, donde hay teléfono, y sigue rodando sin pararse. No lo entiendo. Ojito, que este mozo puede estar meditando una trampa... No, no... Será que quiere llevar a casita a la muchacha. Pronto va a anochecer. Entonces, hay que jugarse el todo por el todo, compadres. No podemos volver ante el doctor Kappel diciendo que el mozo se nos escapó.

La carretera, que seguía la margen izquierda del Mississippi, iba transcurriendo ahora por entre vegetación pantanosa en vasto llano. Bifurcaba en tres ramales, uno conduciendo a Bâton Rouge, otro a Lafayette, y el más norteño a Natchez.

Nancy Vickers miraba de vez en cuando hacia atrás. El «Buick» continuaba conservando la misma distancia, acelerando cuando lo

hacia Carter, disminuyendo la velocidad también a la par del perseguido.

Pasaban otros coches en opuestas direcciones, y varias veces cruzaron el sombreado paraje escogido por parejas motoristas, que acechaban el posible paso de un coche a velocidad excesiva.

—¿Por qué no avisas a la policía, Mike?

—Porque sería humillante. Apenas nos acercásemos a una pareja de motoristas, estos mejicanos darían media vuelta y se largarían, negando que pretendieran nada, y, a lo más, dirían algún embuste, pero yo no lograría lo que pretendo, y tengo que aprovechar esta ocasión, ya que he tenido la suerte de que aparezcan tan pronto los que me están buscando.

—No entiendo nada de nada, Mike. Pero confío en que cuando estemos en casa me explicarás este galimatías.

—¿Conoces bien la carretera hasta Natchez?

—La he recorrido centenares de veces en todos sentidos, internándome incluso por los senderos abandonados que hay entre Magnolia y Natchez.

Las manos de Mike Carter se crisparon alrededor del volante. La voz de Nancy Vickers, al decir: «... entre Magnolia y Natchez», le acababa de evocar, con precisión instantánea, aquellas mismas palabras enigmáticas pronunciadas por su padre la última noche que lo vio con vida.

Entre Magnolia y Natchez.

—¿Falta mucho para Magnolia, Nancy?

—Cerca de sesenta millas.

El piloto miró el disco solar que tornábase rojizo por encima de las lejanas colinas del Oeste.

—Sesenta millas..., Cuando atravesemos Magnolia empezará a oscurecer. Y la noche cae deprisa aquí. Escucha, Nancy: me conviene que en Magnolia saltes a tierra, sin ser vista por los que nos siguen. Yo continuaré con tu coche, y así podré actuar libremente.

—Empezamos juntos y terminamos juntos. Mike. Sería cobarde por mi parte...

—No olvides que eres una mujer, y, por lo tanto... ¡Bien, como quieras! Pero ya te he advertido que, corres peligro. No insisto más. Una vez quede atrás Magnolia, seguirás tú hasta Natchez. Yo saltaré

a tierra, y sabré enténdrmelas con ellos tres. Tengo la gran ventaja de que, si no me equivoco, lo que pretenden es cogerme, pero no matarme, ya que, si esto pretendieran, hace tiempo que nos habrían dado alcance.

—Dime por qué te persiguen, Mike. ¿Has hecho, algo malo? ¿Algún contrabando? ¿Son policías mejicanos de la frontera?

—No seas novelera, chispa.

—Es que, como no avisas tú a los del tráfico, lo más lógico es suponer que no te interesa mezclar a la policía en esta extraña persecución. No tienes confianza en mí, y no sé por qué estoy aquí, sentada tranquilamente, mientras tú llevas el volante de mi propio coche.

—Si lo quieres, te cedo volante y pongo pie a tierra.

—¡Eres exasperante, Mike! Tenemos tras nosotros a tres mejicanos que no sé si son policías o bandidos; estás tú actuando, extrañamente, y yo no sé nada de nada. ¡Vienen, vienen encima de nosotros!...

—Es un camión, Nancy. Cierra los ojos, y piensa en otra cosa. Háblame de tú vida desde que tienes uso de razón. Es un buen calmante.

—Lo necesité.

Cerró ella los ojos, y empezó a relatar anécdotas de su infancia y adolescencia, Mike Carter conservaba fijos los ojos en la carretera, conduciendo a la velocidad máxima permitida.

Los pantanos iban cediendo sitio a grandes parcelas cultivadas donde los blancos copos de algodón moteaban la rica tierra negruzca.

Cuando quedó atrás la ciudad de Magnolia, Juancho López masculló:

—Pronto caerá la noche, compadres. Y esta vez no podemos fallar, porque para eso nos ha pagado el doctor Kappel. Y ya sabéis... que con su aire de científico metódico este doctorcito es capaz de matar a su propia madre. Conque... preparados para no fallar.

En el «Auburn» contempló Carter como la atmósfera iba perdiendo su diáfana claridad, y los campos y la floresta tintábanse de obscuro.

Ella seguía hablando porque empezaba a sentir que sus nervios

estaban alterados ante la monótona amenaza incomprensible que se escondía en aquella carrera, donde el coche perseguidor acomodaba su velocidad a la que imponía el perseguido.

—Dime, Nancy —le interrumpió él, de pronto—. Esta carretera tiene seguramente algunos ramales que llevan a las haciendas y a los bosques. Preferiría ahora abandonar la carretera y, a ser posible, meterme por un ramal.

—Tras el cuarto viraje hay un puente, y, entrando por él, está un sendero que atraviesa el bosque de los Fetiches.

—¿De los Fetiches?

—Hay en este bosque postes, rematados por rostros tallados en madera. Unos rostros, de ídolos, de los tiempos mejicanos. Horribles... Yo he venido alguna vez de excursión por aquí. Jugábamos a indios y cazadores...

—Magnífico. Ya no podemos llegar a Natchez, con éstos a la zaga. Será más fácil darles la emboscada en el bosque de los Fetiches. Tú lo has querido, Nancy, al no obedecerme y apearte en Magnolia.

El puente, a su término, se bifurcaba, continuando al Norte la carretera general, y a Oriente un ramal ancho.

Por aquel sendero donde ahora penetraba el «Auburn» había entrado veintitrés años antes el camión con los sarcófagos...

Pisó a fondo Carter el acelerador, y el coche traqueteó por la abandonada ruta con baches, polvorienta y llena de hojarasca caída de los abundosos árboles que flanqueaban el camino.

—Éste... sendero, termina a unas dos millas, y ya no se puede seguir porque... hay una valla impenetrable de lianas y arbustos, Mike... —dijo ella, trémula la voz.

—Mejor. Así les cortaré la retirada.

Y, dando un brusco giro al volante, Carter coronó un altozano, y pasando por entre dos árboles, uno de los cuales arañó un guardalodos, frenó en seco, parando el motor.

No era visible el coche desde el sendero, al quedar oculto entre la vegetación hollada.

—Ponte al volante, Nancy. Estate quieta, y ya te avisaré cuándo puedes dar toda marcha, e irte a Natchez.

Descendió Carter del coche, y, andando agazapado, vino a esconderse tras el tronco del árbol que en su corteza mostraba las

huellas del guardalodos.

Íbase haciendo más audible el ronquido del coche perseguidor...

Juancho López, cuando atravesó el puente y vio al «Auburn» lanzarse a toda velocidad por el ramal, ignorando era un sendero cerrado, pisó también a fondo el acelerador.

—¡Parece que ahora empieza a tener miedo el mozo piloto! La luna sobre el río le habrá dado pánico. ¡Preparados, compadres! Esta carretera está superior... Poco tráfico debe haber por aquí... Habrá que encender los faros...

Pasó el «Buick» roncando fogoso por delante del tronco, tras el que Mike Carter se ocultaba.

Cuando ya el próximo recodo ocultó el tren posterior del coche ocupado por los mejicanos, el piloto corrió hacia el «Auburn».

—¡Dale marcha, Nancy, y a todo escape a Natchez! Ya os vendré a visitar.

—¿Y tú, Mike?

—No te preocupes por mí. Tengo una compañera buena —y mostró la pistola que le había entregado horas antes Joe Martin—. Me bastará meter unos balazos en las ruedas del «Buick». ¡Aprisa, Nancy!

En el «Buick», uno de los que iban atrás, dijo:

—No oigo el ruido del otro motor, patrón.

—¿Lo vas a oír, palurdo? Ya vamos a darle alcance. Su coche no puede aguantar mucho por esta carretera del demonio. ¿Por qué se metería por acá?

Los faros iban iluminando los parajes, cada vez más densamente poblados de vegetación. De pronto, gritó uno de los de atrás:

—¡Nos estrellamos, patrón!

Juancho López se agarró frenéticamente al freno, echándose hacia atrás. El «Buick» se empotró sin daño en la blanda pero consistente muralla de hierbas trepadoras y lianas, que en avance de la selva iban comiendo la carretera abandonada desde hacía más de treinta años.

—¡Maldición! ¡Nos la dio! Sólo hay esta carretera, y no lo hemos encontrado. Debió esconder el coche a un lado...

Dio marcha atrás, y dificultosamente el «Buick» desembarazó su radiador del envoltorio de lianas y trepadoras.

Maniobró con maestría para dar vuelta al coche.

—Cuidado, patrón. No olvide que el chico es hijo de Larry Carter, que, según se leyó, era un jabato que quitó en una sola noche el pellejo a toda su banda...

—Cierto, patrón. Debió ocultarse, para darnos la emboscada... Es ya de noche, y... la selva...

—¡Guanajo! ¿No somos tres de pelo en pecho? ¡A callar!

—¡Escapan, patrón, escapan! —exclamó, con alivio, uno de ellos.

Se oía, en el total silencio de la floresta del bosque de los Fetiches, el rumor del «Auburn» de nuevo en marcha.

De vez en cuando un destello parecía platear por entre arbustos y vegetación. Era la luna sobre el cauce del Mississippi que contorneaba a trechos el bosque, distando solo media legua del sendero.

Tras el tronco, Mike Carter vio partir al «Auburn», y quitó el seguro de la pistola, después de haber comprobado su carga.

A tan escasa distancia no iban a ser un blanco difícil los gruesos neumáticos del «Buick», cuyo motor volvía a roncar.

Los faros inundaron de luz el sendero. Mike Carter dirigió el cañón del arma contra el suelo, y apretó el gatillo dos veces... El estampido del doble disparo quedó ahogado por el reventón. El «Buick» se ladeó, describió una ese pronunciada y sus ruedas delanteras escalaron el altozano opuesto.

Quedó el coche empinado, rodando en el aire las ruedas delanteras. Mike Carter veía sin ser visto, porque los faros iluminaban la vegetación del otro lado del sendero, y a su resplandor podía ver a contraluz como los dos mejicanos saltaban empavorecidos de sus asientos, mientras el del volante, el más grueso, forcejeaba para abrir la portezuela y abandonar el coche.

—¡Al que se mueva, lo aso a tiros!... —gritó Carter.

Los tres mejicanos, ya en el suelo, se parapetaron precipitadamente tras el «Buick» en alto.

Juancho López trató de perforar visualmente la obscuridad de donde brotaba la enérgica conminación.

—¡Cuidado! —gritó uno de sus cómplices.

Los tres, al parapetarse tras el coche en alto, lo habían hecho vacilar en su posición inestable. El «Buick» se bamboleó pesadamente, cayendo con estrépito sobre sus ruedas delanteras.

Los tres mejicanos dieron a la vez un salto hacia atrás. De nuevo la voz de Carter les advirtió:

—¡Os estoy encañonando, y salid manos arriba, o de lo contrario os acribillo!

Juancho López, arrodillado ahora tras el radiador, sujetó por el brazo al más cercano.

—No puede dispararnos con tino desde donde está, Jorge. Cuando nos acostumbremos a la penumbra, iremos a por él, rodeándole.

A la vez que hablaba, iba haciendo saltar en añicos los dos faros, apagando su vivaz foco. Pero atrás quedaba la luz piloto, cuyo rojizo resplandor era más que suficiente para delatar a cualquiera de ellos tres si hubiesen intentado abandonar la protección que les ofrecía el coche averiado.

—¡Eh, señor! —gritó Juancho López—. Usted estará confundido con nosotros.

Un balazo hizo que los tres se agazaparan cautelosos entre las ruedas delanteras. El proyectil disparado por Mike Carter hizo estallar otro neumático, esta vez posterior.

—¡Salid con las manos arriba, «grasosos»! —exclamó Carter.

Juancho López apuntó cuidadosamente hacia el tronco, a veinte centímetros ras de suelo. Podía intentarlo... Un balazo en las piernas, y así el doctor Kappel estaría contento y les entregaría los diez mil pesos prometidos.

Disparó, y, al extinguirse el silbido y la explosión, oyóse el gemido intermitente que surgía tras el árbol...

—¡Le di en la pierna! —clamó, gozoso, Juancho López—. ¡Eh, amigo, salga manos arriba, y no le haremos daño ninguno!... Si no puede andar, arrástrese, o mis dos compadres le rodearán, y será peor para usted. ¡Venga, pronto!

CAPÍTULO VI

EN EL BOSQUE DE LOS FETICHES

Al ser apremiada por el piloto a huir, Nancy obedeció al primer instinto, y, pisando el acelerador, abandonó el altillo, entrando con decisión en el sendero.

Cuando había recorrido aproximadamente unos dos kilómetros, oyó el doble disparo y el estampido de un neumático reventando. Después... el silencio absoluto rodeó aquel paraje del Bosque de los Fetiches, porque ella, frenando, paró el motor.

Pensó que si volvía a ponerse en marcha en dirección a Natchez, avisaría a la policía. Mike Carter había podido avisar, y no lo hizo.

—La herencia de la sangre —había oído decir a su madre, cuando comentaban los posibles pasos en la vida del hijo de Larry Carter—. Tarde o temprano asomará en Mike Carter la influencia paterna.

Y ella, Nancy Vickers, tenía el convencimiento de que moralmente estaba obligada cuando menos a no entregar a Mike a la policía. Después, meditó, que tal vez en aquel momento Mike Carter estuviera luchando contra tres hombres para defender su vida amenazada.

Trémula, su diestra penetró en el bolsín, de donde extrajo una linterna eléctrica, y, abandonando su «Auburn», deshizo a pie el camino recorrido. Andaba apresuradamente...

Oyó otro disparo, y aceleró el paso, pero cuando percibió el lejano rumor de una voz, subió al altillo lateral, siguiendo su camino por entre los arbustos.

No encendió, su linterna, bastándole para orientarse el reflejo

lunar sobre el sendero. Cercano oíase el murmullo del río...

Y ya ahora entendió perfectamente las palabras pronunciadas por Juancho López:

—¡Si no puede andar, arrástrese, o mis dos compadres le rodearán y será peor para usted! ¡Venga, pronto!

¿Estaba herido Mike Carter? Vio el «Buick» encaramado a medias sobre el altozano opuesto, y, corriendo, llegó al tronco anchuroso tras el que estaba Mike Carter, en pie, emitiendo gemidos...

—¡Mike! —exclamó.

—¡Nancy! ¿Estás... estás loca?... ¿Por qué has venido? ¡Maldi...!

Juancho López exclamó ahora, al oír el susurro de voces al otro lado:

—¡Entréguese y la señorita podrá irse! Pero no me agote la paciencia.

Y, en voz baja, añadió López:

—Tú, Pablo, llégate hasta aquel árbol de la derecha, y tú, Jorge, al de la izquierda. Le cogeremos de flanco...

—¿Por qué gemías, Mike? —musitó ella, a espaldas del piloto.

—Quiero que crean que estoy herido. Pero ahora... otra, vez estoy en plan de conejo huidor. No puedo pelear con ellos, estando tú de por medio... ¿Qué es lo que llevas?

—Una linterna.

Mike Carter miraba hacia el coche. Vio que algo más oscuro se movía. La cabeza de uno de los mejicanos, y después la blanca americana avanzó a ras de suelo.

Mike Carter disparó cuando ya el cuerpo de Pablo empezaba a reptar alejándose del coche. Alcanzado en un muslo, el mejicano gritó, dolorido.

Juancho López y el otro le asieron por los tobillos, atrayéndolo de nuevo tras el parapeto que formaba el «Buick».

—¡Me... ha matado! —gimió el herido.

—Calla, gallineja —gruñó Juancho López—. No es más que un rasguño. Hazle un torniquete, Jorge. El mozo es duro de pelar. Bien se ve que es hijo de Larry.

Nancy Vickers, murmuró:

—¡Lo has... matado, Mike!

—No, pero lleva plomo en una pierna. Ahora tendremos que

emprender una retirada, porque intentarán rodearnos por los lados. ¿Conoces este bosque lo suficiente para que lo atravesemos hacia el río, Nancy? Tú debes volver a donde dejaste tu coche...

—Ya no, Mike. Si tuviera que volver a andar a solas, de noche, por este bosque, me moriría de miedo. Vine..., porque no quise avisar a la policía, por temor a que... Temo que esto sea un arreglo de cuentas entre tú y estos pistoleros.

—Gracias por haber venido, chispa —dijo Carter, agradecido, y comprendiendo el oculto significado de lo que ella decía—. Ahora vamos a ir hacia el río, alejándonos de aquí. Estarán ocupados curando al otro. Oriéntate, Nancy.

—De noche es difícil, Mike, aunque por aquí hay un templo antiguo. Está casi junto al río, y allá se ven sus reflejos.

—Mira con cuidado por dónde andas, Nancy. Has de avanzar en rápida carrera hasta aquel árbol y esconderte detrás. Yo vendré, y así iremos avanzando hasta el río. Yo necesito ver la forma de atrapar al menos a uno de estos mejicanos y saber si actúan por ellos mismos o por orden de alguien. ¿Has entendido? Corre hacia aquel árbol, apenas yo te apriete la mano. Distraeré a los tres...

Gritó Mike Carter:

—¡Uno menos! Os acribillaré si pretendéis asomar con malas artes.

Apretó la diestra de Nancy Vickers, que echó a correr con todas sus fuerzas hacia el árbol señalado, tras el que se ocultó, respirando ansiosamente.

—¡Huyen, patrón! —dijo en voz baja Jorge, acabando de anudar dos jirones de camisa en rededor del muslo herido de su compañero.

—Tú, Pablo, quédate aquí, ya que has sido tan imbécil como para dejarte atinar. Volveremos con el mozo. Tú, Jorge, ven conmigo.

Vieron al piloto correr en saltos y desaparecer en la espesura.

Atravesaron los dos mejicanos la carretera, y llegaron donde antes estaban los dos que ahora avanzaban floresta adentro.

—Rastreando por oído —advirtió en un susurro Juancho López.

En la quietud nocturna era tenue, pero suficiente, el rumor de los pasos de Mike Carter y Nancy Vickers internándose en busca del río, con sus márgenes iluminadas por la luna.

Los dos mejicanos seguían tendiendo el oído, con las pistolas preparadas. Aprovechaban todo para avanzar parapetándose...

Nancy Vickers se detuvo, y, cogiendo la mano del piloto, musitó quedamente:

—Mira...

Mike Carter, ignorando por completo que se hallaba en el mismo lugar donde años antes su padre matara a los que querían traicionarle, atravesó el claro, corriendo y arrastrando tras él a la muchacha.

Se detuvo cuando, estando ya tras una esquina del extraño templo derruido, vio fluir, a unos diez pasos, el curso del río plateado.

—Quédate quieta aquí, Nancy.

—No me dejes sola.

—No. Quiero decirte que no salgas, pase lo que case.

Al linde del claro, Juancho López se detuvo. Miraba el templo, y su cómplice murmuró:

—Se han escondido atrás, patrón.

—Ya vi, sin poder disparar con seguridad de dar en el blanco. Vamos a cogerles de sorpresa, Jorge. Está el mozo esperando que asomemos para cribarnos. Tú, vete dando el rodeo hacia allá; yo haré la mismo en sentido contrario. El río está un poco más bajo, y desde allá los cazamos. Dispárale a las piernas o a los brazos, Jorge. Pero ¡jojo con matarlo, porque entonces adiós los pesos del doctorcito Kappel! Y no sólo eso, que ya oíste: si matamos al mozo, el doctorcito ha jurado que nos dará mala muerte.

—Mire, patrón... —Y Jorge señaló en el suelo, contra un árbol, un acero herrumbroso.

—Un machete abandonado. Algún leñador mejicano... Cógelo, que así estarás más animado. De plano, con un buen golpe, le puedes quitar el sentido al mozo. Andando, Jorge... Pisa con pies de plomo. Cuando por detrás del templo llegues al río, yo te daré la señal, disparando desde donde me encuentre.

Ambos agazapados, partieron en dos direcciones opuestas, sin asomarse al claro.

Nancy Vickers miraba casi fascinada el horrendo aspecto de un poste, rematado por un rostro en mueca riente, pero amenazadora. Un fetiche azteca que se hallaba sobre dos piedras cubiertas de

musgo.

Mike Carter señaló un entrante del edificio.

—Allí estarás protegida. Toma esta pistola.

—¿Y tú, Mike?

—Éstos no vendrán de frente, porque saben que, atravesando el claro, ofrecen blanco. Yo iré allí.

Señaló el linde bordeando la margen del río.

—Sin rechistar, Nancy. Y si asoma alguno, no titubees en disparar. No son policías, sino pistoleros.

Apretando convulsivamente la pistola que acababa de entregarle el piloto, ella quedó oculta en la penumbra, tras el templo.

Mike Carter avanzó corriendo sobre la punta de los pies, hasta quedar junto a la margen del río, que era tierra blanda en un trecho de cinco metros hasta el curso líquido, desde el lindero.

El mejicano Jorge no pudo seguir junto al río porque se lo impedía la tupida vegetación. Miró, y, no viendo peligro aparente, llegó de un salto a una de las paredes del templo curiosamente construido.

Tanteando fue adelantándose y dejó de andar al oír la tenue respiración cercana. Pudo ver a Nancy Vickers, cuya pistola era encañonada hacia el sitio opuesto a donde estaba él.

Con felina agilidad se abalanzó, y mientras una de sus manos le tapaba la boca, con la otra le propinaba un seco golpe a la muñeca, empleando el mango del machete.

La pistola cayó al suelo, y Nancy Vickers perdió el sentido, desmayándose.

Apresuradamente Jorge la ató al poste, y la asió por los cabellos, sacudiéndole la cabeza, mientras, en alto el machete, conminaba:

—¿Dónde está el piloto?

El rumor de la pistola al caer y chocar contra una piedra, hizo que Mike Carter irguiera el busto, alarmado...

La luna iluminaba perfectamente la escena. Perdido el más elemental sentido de la prudencia, Mike Carter corrió en loco *sprint*, abalanzándose sobre, el mejicano, que, machete en mano, repetía, con voz amenazadora:

—¿Dónde está el piloto?

—¡Aquí!

El brazo de Carter rodeó el cuello del mejicano, mientras con el

puño izquierdo le asestaba un vigoroso puñetazo en el flanco.

El mejicano consiguió zafarse y alzó de nuevo el machete, dispuesto a matar. Se dobló hacia delante cuando en su estómago hincóse en recio gancho el puño derecho de Mike Carter.

Desmelenada, gritó Nancy Vickers:

—¡Mike, estoy atada!

—Ya... lo veo, chispa... —resopló Mike Carter, que recogió del suelo el machete del mejicano, mientras le propinaba un puntapié en la mandíbula, y añadió—: Éste te dejará tranquila ahora.

Cortó las ligaduras, y, al quedar ella libre, se abalanzó a sus brazos.

—Si tardas un momento más, me muero de miedo con este... salvaje.

—Ya sólo queda uno, y aunque esté muy a gusto así, chispa..., tengo que ver por dónde anda el otro.

Ella desprendió sus brazos, extrañamente confusa, y dándose ahora cuenta de que se había abrazado espontáneamente al piloto.

—Voy... contigo, Mike. No me vuelvas a dejar sola.

—¿Por qué no te quedarías en tu casa, muchacha?

—¡Oh, Mike! —gimió ella.

Cogiéndola por la mano, Mike llegó de nuevo al sitio que anteriormente ocupaba y desde el cual veía la margen del río.

—Quieta aquí... —susurró al oído de ella.

Oíanse tenues unos pasos que avanzaban. De pronto, Juancho López disparó al aire, dando la señal convenida.

Mike Carter se deslizó de lado, y, surgiendo de pronto, cayó en un salto prodigioso sobre el mejicano, rodando con él por el suelo.

Juancho López era grueso, pero macizo, y acostumbrado a sostener peleas, allá en su poblado y más tarde en la Sierra, desde que se puso fuera de la ley.

Cabeceó con saña, mordiendo, arañando, pegando rodillazos y puntapiés... Pero también Mike Carter en las escalas del Pacífico había intervenido en muchas reyertas, donde todo estaba permitido, con tal de tumbar al contrincante.

Sus puños estaban entrenados a golpear en sitio carnoso, para evitarse rotura de nudillos, y asestó continuados ganchos al estómago y los costados de Juancho López.

El mejicano pretendía agarrar por el cuello a su adversario, y a

la vez, con taimada intención, levantaba las rodillas alternativamente.

Enzarzados en su lucha llegaron junto al río. Un puñetazo propinado por Carter a la carótide del mejicano, le hizo encoger el cuello, y, ladeándose, cayó al agua.

Manoteando y agitando la cabeza, Juancho López trató de ponerse en pie. Sobre el fangoso fondo de limo sus pies resbalaban...

Afanosamente buscaba dónde agarrarse, y, llevado de su furor combativo, Mike le aplicó el pie sobre la cabeza, empujándolo hacia abajo. La boca que el mejicano abría para clamar ayuda, se llenó de agua fangosa, y, medio asfixiado, siguió manoteando.

Carter le asió por las mojadadas solapas de la chaqueta, y, arrastrándole, lo sacó fuera, donde cayó al suelo, resollando fatigosamente, en intentos de vaciar sus pulmones. Tenía el rostro amoratado.

—¡Nancy! —gritó Carter—. ¡Vete corriendo, y, con el coche, alerta a la policía! Ya no debes tener miedo, puesto que los tres están fuera de combate.

Inclinado sobre López, el piloto le encontró encima del cinto el lazo corredizo, con el cual procedió a atarle las muñecas atrás, a la espalda, haciendo traba de unión con los tobillos, dejándolo doblado. Los tacones le tocaban la espalda.

Regresó junto al llamado Jorge, que empezaba a recuperarse, y efectuó la misma operación. Después, llevándole a rastras por las piernas, lo depositó junto a Juancho López, de espaldas, y unió las ligaduras de ambos, para así evitar pudieran intentar la fuga.

Nancy Vikers, pasmada, no se había movido.

—Mike... Me has parecido por unos instantes el verdadero hombre primitivo en toda su bestialidad.

—Tal vez sea un hombre primitivo el que te convenga, Chispa. Ven, que te acompañaré hasta el sendero, para amarrar al otro. Y tú irás a avisar a la policía. No a los de tráfico, sino a los federales de Bâton Rouge.

—Pero tardaré más de una hora.

—No importa. Son los federales los que han de hacerse cargo de estos sujetos. Ahora dame la linterna; ya la podemos encender sin riesgo. ¿Comprendes ahora por qué no quería estuvieras conmigo?

—Un poco más, y el mejicano me hubiese...

Y tembló ella al evocar la silueta del mejicano blandiendo el machete.

—A estas horas, las niñas como tú en la camita. Tu padre estará inquieto, y yo... ¡he perdido el barco! Estará ya río arriba.

Llegaron al sendero, y vio Carter al herido Pablo que intentaba fugarse arrastrándose.

—Vete, Nancy, y a casa después. Yo iré allá cuando termine con los federales.

Ella cogió la linterna y se alejó, tras unos instantes de titubeo. Pero la mirada autoritaria del piloto le impuso un cierto respeto, después de las movidas incidencias de aquella noche.

Mientras ataba al mejicano herido con su propio lazo, Mike Carter lo levantó por los sobacos, y comprobó su peso. Arrodillándose lo cargó a hombros, y, con él a cuestas, deshizo el camino.

Pasó el claro del Bosque de los Fetiches, y, llegando a la margen del río, vio a Juancho López y a Jorge, que entre los dos, arqueándose y forcejeando, trataban de liberarse.

Dejó caer junto a ellos al tercer maleante, y entonces encendió un cigarrillo, sentándose en el declive de la floresta.

—Bien. Ahora me toca a mí el persecuiros, compadres. Si te va mejor que te hable en español, vamos a dialogar, tú, grasoso. ¿Cuál es tu nombre? Sí, tú...

—Me llamo Juancho López, señor, y se trata de una confusión, seguro que sí...

—He visto que le tienes miedo al agua. Si sigues tonteando, te voy a bañar, pero esta vez no te sacaré fuera. ¿Por qué me perseguías? ¿Por qué estos dos intentaron cazarme al lazo como si fuera yo un potro rebelde? Juro que os voy a bañar y que mañana apareceréis flotando panza arriba, hinchados, grotescos, que dará asco veros... Os salváis del baño último si me dices quién te mandó, Juancho...

—¡Fue el doctorcito! Nos prometió diez mil pesos si le cogíamos a usted enterito... Nosotros no somos asesinos, ¿verdad, compadres? Pero somos pobres, y diez mil pesos, son diez mil pesos.

—Entonces, entre nosotros no hay motivo personal, Juancho López. Ni lo habrá si me aclaras por qué el doctorcito me quería

preso.

—Eso, no sé, señor.

Al ver que el piloto, poniéndose en pie, se le acercaba, clamó López, desde el suelo:

—¡No sé, palabra de macho! El doctorcito sólo nos dijo que diez mil pesos si le cogíamos vivo. Y que usted hacía hoy escala en Nueva Orleans. Nada más sabemos, señor.

—Necesito saber quién es el doctorcito y dónde está.

Los ojos de Juancho López se contrajeron y una expresión de astucia se dibujó en su rostro.

—El doctor Henrich Rappel es un hombre de ciencia que hace excavaciones por la Sierra Encantada.

—¿Dónde está eso?

—Entre Santa Fe y Albuquerque, en Nueva Méjico. El doctor Kappel vive en un campamento, allá en Acoma.

—Iré a visitarle, y os advierto que si me habéis mentido, vais a pagar caro, porque os acusaré de intentar matarme. Y no soy un paisano vulgar, ni un piloto, sino un agente del

F. B. I.

—¡Guanajo! —vociferó, furioso, Juancho López—. ¡Esto no nos lo dijo el condenado doctorcito! Nosotros..., oiga, señor, amigo nuestro, nosotros, ¿cómo íbamos a importunar a un caballero del

F. B. I.

? ¿Verdad, compadres? Nosotros tenemos cuentecillas con algunos de allá, pero nada más.

—Si así es, os pasaréis unos días a pensión del Estado, y cuando regrese de visitar al doctorcito, entonces os soltarán, para que os maten en otro sitio.

—Oiga, señor... No vaya a Acoma, no vaya...

—¿Por qué no?

—Es sitio donde hay bandido suelto, y el doctorcito puede pagar a unos cuantos para meterse con usted.

—Ya veremos. Ahora mirad lo hermosa que está la luna sobre el río. Cantad unas «mañanitas», ¿o es que no sabéis cantar, mal rayo os parta? ¡Cantad!...

Juancho López, en grotesco esfuerzo, abrió la boca, secundado por los otros dos, y a coro entonaron una típica canción mejicana.

Mike Carter empezó a reír, desternillándose, y los otros tres

enmudecieron, pero a la señal imperativa del piloto reanudaron su canto, que más parecía un gemido de terneras agónicas.

Mike Carter vio a lo lejos el resplandor de dos faros de coche. Poco después, oía un silbato, y al fin, atravesando el claro del bosque donde estaba el viejo templo, vio a dos hombres con linternas, conducidos por Nancy Vikers.

—Buenas noches, piloto Carter —saludó uno de los recién llegados—. La señorita Vikers ha tenido la bondad de acompañarnos hasta aquí. ¿Nos permite que le identifiquemos, piloto?

Mike Carter extrajo su carnet, que a la luz de la linterna examinó uno de los dos agentes.

—El inspector Joe Martin me dio el carnet y nombramiento. Es un asunto enteramente mío, compañeros. Estos tres mejicanos deben solamente estar encerrados hasta mi regreso.

—Bien. Consultaremos, de todos modos, al Inspector Martin, por formulismo. ¿Dónde están los tres listos?

Los tres mejicanos fueron conducidos por los agentes del F. B. I.

hasta el sendero, donde fueron subidos al coche celular que habían traído.

En el sendero, junto al «Auburn», dijo Mike Carter, al irse los agentes con los prisioneros:

—Hora es de que estés en la camita. Chispa.

—Trabajaste mucho, Mike..., ¡y no sabes qué contenta estoy!

—¿Por qué, Chispa?

—Eres... ¡agente del

F. B. I.

! Y yo que temía...

—¡Vamos a casa, Mike! Papá estará muy contento de verte, y es justo que ahora reposes después de una sesión tan movida. Eres maravilloso, Mike..., y..., ¿sabes?... Me emocionó verte luchar. Te permito que me digas algún piropo...

—¡Venga, a casa, mocosa! —rió el piloto—. También yo tengo ganas de volver a ver al señor Vikers.

CAPÍTULO VII

UN CONFESOR MODERNO

Barney Vikers era un hombre triunfador. Sus negocios prosperaban, y era considerado el más respetable ciudadano de Natchez.

Pero había envejecido mucho. Sentía dolores en la nuca, espasmos musculares repentinos y perdía peso.

En Natchez su envejecimiento y su melancolía eran atribuidos al dolor por la muerte de su esposa.

Pero Barney Vikers era el único que conocía su secreto.

Era el remordimiento lo que le enfermaba, minando su salud. Muchas noches despertábase sudoroso, febril, y creía ver en su alcoba a Larry Carter, mirándole con infinita tristeza, con aquella mirada que tenía clavada en lo más hondo de su cerebro...

Y un día oyó hablar de las portentosas curaciones de un médico psiquiatra alemán: el doctor Ropke. Residía en Santa Fe, en Nueva Méjico, y muchos, hombres de negocios, políticos y hasta médicos habían acudido desde todos los puntos de los Estados para ser sometidos a uno de sus tratamientos.

Vikers fue a visitarle. Se halló ante un hombre de calmosa mirada, claros ojos azules y habla muy suave.

El consultorio era amplio, con poca luz, cómodos divanes, corridas cortinas, y daba una impresión de refugio tranquilo.

El doctor consultó la ficha.

—Usted, señor Vikers, sufre dolores en la nuca cómo agujones, y espasmos musculares. Eso hizo usted constar en su hoja clínica, al pedirme consulta. Pierde peso, y no obstante todos los órganos vitales están en buen estado, según dictamen de los doctores

especialistas. Por lo tanto, el trastorno que le aqueja es puramente nervioso y cerebral. Hágame el favor de tenderse aquí, reposar los músculos, y cerrar los ojos. Así, coloque esta almohada tras su nuca. Bien, señor Vikers, abandone por entero su voluntad.

Barney Vikers, tendido boca arriba, cerró los ojos. El persuasivo doctor, continuó:

—Hizo usted constar en su hoja clínica de propio diagnóstico que nunca ha recurrido a un psiquiatra. Es necesario que sepa que nosotros somos, más que ningún médico, los confesores modernos. Si usted fuera católico, podría hallar paz en un confesor. Pero, al no serlo, debe usted confiar plenamente en mí. Cuanto me diga, pertenece al secreto.

—No... tengo secretos, doctor.

—Si no los tuviera, sería usted un anormal, señor. Por favor, si usted quiere curarse, confíe en mí. Hay algo que le atormenta.

—Sí. Hace muchos años...

—Cuenta.

—Un amigo mío, era pistolero, y yo no lo sabía. Estudiamos juntos. Vino un día a decirme que era perseguido por la policía. Había matado, y quería que yo le ayudara a escapar.

—Bien, ¿y qué sucedió?

—Le mataron ante mis ojos. Un teniente detective. Desde entonces estoy atormentado por remordimientos.

—¿Avisó usted, como era su deber, a la policía?

—Vino el teniente por su propia iniciativa.

—Puede levantarse, señor Vikers. Hemos terminado.

—¿Qué... qué dice, doctor?

—Cuando esté dispuesto a ser sincero, entonces procuraré curarle. Por ahora, usted no me ayuda.

—¿Sugiere que estoy mintiendo?

—No sugiero nada. Me limito a hacer constar que no sufriría remordimientos simplemente porque un policía mató a un pistolero amigo suyo. Buenas tardes, señor Vikers. Tengo muchos clientes esperando. Si se decide a confiar en mí, vuelva.

—¿Qué le debo? —preguntó, molestó, el abogado.

—Nada. Sí algún día vuelve, y logro curarle, entonces cobraré.

Barney Vikers siguió atormentado, y cuando supo dónde se hallaba Mike Carter, y su hija se dispuso a ir a verle en Nueva

Orleans, cogió Vikers el avión, y a las tres de la tarde estaba ante el doctor Ropke.

—¿Me recuerda, doctor?

—Perfectamente, señor Vikers. Tiéndase, y hable cuanto quiera.

—Es... horrible.

—Estoy habituado a las confesiones más sorprendentes, señor. Soy un científico y no un charlatán, ni un chantajista. Todos tenemos un secreto, cuyo peso nos atormenta. El confiarlo a alguien es la curación. Mis honorarios son crecidísimos, y por esta misma razón, además de ser hombre dedicado a una ciencia curatoria, no tengo necesidad de valerme de las confesiones de mis pacientes. Relate cuanto sucedió cuando le visitó su amigo.

Empezó el abogado contando detalladamente lo ocurrido desde el momento en que Larry Carter apareció por la ventana de su comedor, hasta que los dos se fueron al garaje.

—... yo había cogido la pistola, porque... entonces no era rico, y oír hablar de los cuatro millones me produjo un vértigo. ¡Yo maté a Larry Carter! No lo hice en bien de la justicia, sino porque creía que él me había dicho el lugar donde escondió el oro. Pero no me lo había dicho... Mi crimen fue horrible, repugnante...

—Cuando una persona de sanos principios morales comete una acción delictiva, sufre toda la vida, señor Vikers.

—Recogí al hijo de mi víctima, que escapó a los trece años de mi casa. Hoy mi hija ha ido al puerto de Nueva Orleans a buscarlo, y vendrá a verme. ¿Debo confesarme al hijo de Larry Carter?

—No. Procuré mostrarle cariño, ayúdele en cuantos problemas tenga, sea para él como un padre, y piense sobre todo que Larry Carter no hubiera titubeado en matarle a usted si le hubiera convenido. Larry Carter no era, un ser humano, sino una fiera.

Cuando Barney Vikers salió del consultorio, después de abonar diez mil dólares, llevándose un tratamiento naturista especial, el doctor Ropke descolgó el teléfono, y pidió comunicación con el poblado de Acoma.

—Soy el doctor Ropke. Hagan saber al doctor Kappel que tengo que verle inmediatamente.

A media tarde, llegaba Henrich Kappel. Era menudo, pero musculoso, y en todo su rostro leíase una decidida energía.

—Siéntate, Henrich. ¿Sigues buscando al hijo de Larry Carter?

—Esta tarde desembarcará en Nueva Orleans. Y tengo ya a tres mejicanos dispuestos a traérmelo.

—¿Quién mató a Larry Carter?

—Lo leíste, que fue el teniente Joe Martin.

—No. Fue el abogado Barney Vickers, de Natchez. Yo traiciono un secreto, Henrich, pero somos de la «Maffia» todos sus miembros nos cambiamos un juramento de mutua ayuda. Te cuento eso porque no cabe duda que el hijo de Carter debe saber dónde está el oro.

—El oro que costó la vida de muchos hombres. ¿Dijo el abogado si tenía alguna pista?

—No. Le engañó Larry Carter. ¿Qué piensas hacer, Henrich?

—Son veinte millones, y el hijo de Carter sigue siendo un piloto. Larry Carter debió decirle dónde escondió el oro. Y es posible que el piloto no sepa relacionar lo que su padre le dijese. Por eso, cuando en la Sierra tenga yo delante de mí al piloto, éste hablará.

—¿Y si no habla?

—Son veinte millones muy alemanes, Ropke.

—Recurrir a todo puede ser peligroso, Henrich.

—Lo sé. Pero son veinte millones, y tal vez el hijo de Carter los tenga escondidos. Él lo dirá.

—¿Cómo?

—No sólo los psiquiatras sabéis hacer hablar a los remolones. Yo te aseguro que el hijo del *gángster* hablará.

CAPÍTULO VIII

UN HIJO ADOPTIVO...

Barney Vikers consultó su reloj. Eran ya las once de la noche, y su hija no había regresado todavía. Empezaba a temer algún accidente. Dio orden a la servidumbre de retirarse, y se quedó en el vestíbulo.

Apagó las luces, menos la de la pantalla, bajo la que trató de leer la interesante biografía de Cesar Borgia, pero el cansancio anormal que siempre, le acometía inesperadamente hizo que en el sofá se quedase reclinado hacia atrás, cayéndosele el libro de las manos. Y, cerrando los ojos, sumióse en un sueño inquieto.

No oyó al «Auburn» entrar en el jardín. Fuera, al disponerse a descender del coche, Nancy exclamó:

—Padre estará desvelado. Dale una sorpresa, Mike. ¡Hace tanto tiempo que está deseando verte! Yo esperaré fuera. Ve...

Mike Carter vióse acometido de nuevo de aquella extraña sensación que, siendo niño, le impulsaba a no aceptar de buen grado las bondades de Barney Vikers.

Empujó las dos puertas que conducían al vestíbulo, y vio bajo la tenue luz de la pantalla a Vikers dormido. Se acercó, quedando frente al abogado. Carraspeó para anunciar su presencia.

Despertándose sobresaltado, Barney Vikers le miró, y de pronto, llevándose las dos manos al rostro y tapándose los ojos, lanzó un horrible chillido, temblando, sollozando, y, como un poseso, gritó:

—¡Larry! ¡Dios mío! Perdón... ¡Larry!...

Se abalanzó de rodillas, y, elevando las dos manos, suplicó:

—Larry...

Su voz era un gemido, y sus ojos dilatados denotaban el más

abyecto de los pánicos.

Fuera, Nancy Vikers, al oír aquel espantoso grito, entró corriendo. Vio la extraña escena, y exclamó:

—Padre, padre... ¡Es Mike Carter, el hijo de tu amigo Larry!

Penosamente, tratando de incorporarse, Barney Vikers forzó una lamentable sonrisa, murmurando:

—Tenía una pesadilla, y al ver... ¿Qué tal estás, muchacho? Ven a mis brazos, Mike.

Mike Carter se dejó abrazar, pero su mente estaba intrigada. ¿Por qué el mejor amigo de Larry Carter le pedía perdón al que creía su fantasma?

—Eres exactamente igual a Larry, Mike. Su misma cara, su presencia... y hasta su mirada.

—Usted no puede creer en fantasmas, y si me creyó el espíritu de mi padre..., ¿por qué le pedía perdón?

—Mira, en realidad... yo le juré tenerte siempre conmigo, y no pude cumplir, ya que te escapaste.

—Ahora comprendo. Pero no tiene usted ninguna culpa, señor. Además, sin jactancia, creo que desde que me escapé he trabajado decentemente, y soy lo que mi padre siempre quiso: un hombre honrado.

—¿Qué te ha parecido mi hija, Mike?

—Un poco malcriada —rió el piloto—. Muy buena de fondo, pero acostumbrada a hacer su capricho.

—Oye, tu ropa está algo deteriorada, y sobre la ceja tienes una hinchazón, y unos arañazos en el cuello.

—¡Oh, padre, fue algo magnífico y emocionante! Siéntate, que es un relato largo.

—¿Quieres una copa, Mike?

—No, gracias. Sí agradeceré agua fresca, un jarro entero.

Mientras Nancy Vikers servía al piloto, explicaba todas las incidencias de aquella noche. Al terminar, Vikers preguntó:

—¿Y por qué querían capturarte, Mike?

—A usted puedo confiarlo, señor. Mi padre escondió en algún lugar lingotes de oro. Y, por lo visto, el doctor alemán cree que yo sé dónde está el escondrijo.

—Si lo supieras, no serías piloto, sino millonario —sonrió Vikers.

—¡Oh, no, señor! Suponiendo que encontrase este oro, pertenece al Estado.

—Pero trata de recordar, Mike. La última noche que viste a tu padre, éste seguramente diría algo misterioso, ya que no iba a revelarte claramente lo que estaba sucediendo. Tuvo que decirte algo. ¿No lo recuerdas?

—Sí, perfectamente. Y recuerdo también que usted me preguntó esto hace veintidós años. Entonces no le contesté, porque había prometido a mi padre no disponer de este secreto hasta mi mayoría de edad. Pero, más que un secreto, es un jeroglífico, en el que no me he parado mucho.

—Pero, muchacho, si se trataba de millones, ¿cómo no pensaste más en ello?

—También mi padre dijo que el oro atraía siempre la maldición sobre quienes lo ansiaban desmedidamente.

—¿Y qué... qué te dijo tu padre aquella noche?

Mike Carter sacó de su bolsillo una libreta y una estilográfica. Trazó una estrella de siete puntas en el centro de una circunferencia, a cuyo alrededor dibujó unas rayitas verticales.

—Mi padre me enseñó a hacer este dibujo, y dijo que esta circunferencia era un sol, y después me dijo que aprendiera la siguiente frase: «Entre Magnolia y Natchez». Eso es todo.

Barney Vikers contempló el dibujo con atención. Murmuró:

—¿Entre Magnolia y Natchez? Seguramente es donde debes buscar el oro, Mike. Y este dibujo será el sitio. Eso tiene, sin duda, un significado. ¿Qué te propones hacer?



¡Eh, amigo, salga manos arriba...

—Ir a visitar a un cierto doctor Kappel, que es quién envió contra mí a los tres mejicanos.

—¿Y dónde está el doctor Kappel?

—En un poblado llamado Acoma, de Nueva Méjico, cerca de Santa Fe.

—¿Santa Fe? —murmuró Vikers, palideciendo.

—¿Un doctor alemán?

—¿Qué ocurre, padre?... —exclamo, extrañada, Nancy Vikers.

—Nada, nada... Es que allá tengo yo intereses, unas minas de tierra de infusorios que, como sabrás, Mike, es la que con la nitroglicerina forma la dinamita. Iré contigo a Acoma, Mike, si no tienes inconveniente. En mi coche, haremos el viaje más cómodos.

—Le advierto, señor, que el final del viaje puede ser peligroso.

—Bien; yo, como no soy ningún valiente agente del

F. B. I.

, permaneceré en Santa Fe. Y ahora, si os parece, a dormir, tan pronto hayáis cenado.

En su alcoba, Barney Vikers no podía conciliar el sueño. Tenía el convencimiento de que el doctor Ropke, el psiquiatra, había traicionado sus confidencias.

Se basaba en que apenas su hija llegaba al puerto, y descendía Mike Carter de a bordo, los tres mejicanos enviados por el otro doctor alemán hicieron acto de presencia.

Tomó un soporífero y durmió agitadamente. En su subconsciente martilleaban las palabras del psiquiatra:

«La persona que siempre ha sido honrada, y que en un instante de vértigo comete una mala acción, lo paga con toda una vida de remordimiento».

Levantóse con mal sabor de boca, y le dolían las sienes. Eran las siete de la mañana, y ya por el jardín paseaba Mike Carter.

—Hola, hijo —saludó Barney Vikers—. Como buen marino, quieres ver el sol del amanecer. Te llamo hijo, porque lo eres adoptivo. Mientras nos preparan el desayuno, quiero que hablemos seriamente.

—Le escucho.

—Por lo que he podido apreciar en su relato, mi hija te admira... Y es la primera vez que esto sucede. Mi sueño sería..., te parecerá algo precipitado, Mike, pero quisiera que os casarais.

—¡Señor! —exclamó, asombrado, Mike Carter.

—¿No tendrás tú novia por algún puerto?

—Ninguna en serio, señor. No he encontrado aún a la mujer de mi destino.

—Escucha, Mike... Yo soy viejo ya...

—Pero si no tendrá usted más de cuarenta y cinco años...

—Estoy muy envejecido, y tengo arrebatos de neurastenia. Exceso de trabajo, tal vez. Yo quisiera tener la seguridad de que, en faltando yo, mi Nancy tiene a su lado a un hombre de bien como tú, capaz de protegerla. Ella es caprichosilla, pero tú puedes enmendarla.

—Es «Miss Dinamita», señor.

—¿Y bien?

—Demasiado rica.

—Ten presente que has demostrado tu desprendimiento, por cuanto despreciaste buscar la fortuna en oro... Además, eres piloto y agente del

F. B. I.

—No negaré que al ver a Nancy sentí algo sentimental, puesto que fue la niña que acompañé en sus primeros balbuceos. Pero yo soy un rudo marino, sin delicadezas...

—¡Por esto mismo, Mike! Ella tiene ya bastante, aun sin saberlo, de los muchachos finos y supuestos intelectuales. Vamos a desayunar, y piensa en cuanto te he dicho... Además, Mike..., júrame que no dirás nada de lo que ahora quiero confesarte.

—Usted dirá, señor.

—Tengo a veces un arrebato malo..., y temo que, si no me curo, podría quitarme la vida.

—¡Pero, señor, si lo tiene usted todo! Fortuna, una hija preciosa y cariñosa, una casa, la consideración de todos...

—¡Pero no mí propia consideración, Mike! Esto es lo trágico. Yo me desprecio... Bien, no me haga mucho caso.

—Será un exceso de trabajo, señor. Le convendrían unas vacaciones. ¡Mire, allá viene Nancy!

—¿Dónde estabas? —preguntó Vikers, recelosamente, al verla surgir de unos arbustos cercanos a donde habían, estado paseando.

—Recogiendo flores, papá. ¿Habéis dormido bien los dos? Tengo ya prisa para hacer el viaje a Nueva Méjico.

—Poco a poco, niña. ¿Quién te ha invitado a ti?

—Mike, papá.

—¿Yo? —masculló el piloto—. ¡Ni hablar! Escucha, Chispa; ya ayer noche me estuviste reventando con tus... Bueno, perdona; quiero decir que me estuviste preocupando con tu presencia.

—Vamos a Santa Fe. A Acoma irás solo, Mike. Vamos a

desayunar.

Durante el desayuno, de vez en cuando, Nancy Vickers miraba disimuladamente y con evidente preocupación a su padre. Lo había oído todo...

Entre los dos jóvenes había un cierto desasosiego agradable. Ya no se miraban como dos antiguos compañeros de infancia, sino de hombre a mujer...

Y cuando en el coche de siete plazas, confortable, conducido por Barney Vickers, que obligó al piloto a sentarse atrás, junto a Nancy, iniciaron el camino hacia el pintoresco Estado de Nueva Méjico, dijo el abogado:

—Supongo que sabrás que Mike es soltero y sin compromiso, Nancy.

La muchacha se sonrojó, replicando:

—Como yo. Qué casualidad, ¿verdad, Mike?

Tosió el piloto repetidamente, para decir:

—Vaya que sí... ¿Me pongo al volante, señor?

—¡Y dale con la manía! —sonrió ella—. Siempre quiere llevar el volante. Eres un poco como el hombre de las cavernas, Mike. No quieres ser conducido, sino conducir.

—Mejor que así sea —comentó Vickers—. He estado pensando en el curioso dibujo, Mike. Un sol es el emblema de los antiguos templos mejicanos.

—Un templo mejicano... Hay varios entre Magnolia y Natchez —dijo Nancy.

—La estrella de siete puntas, ¿qué querrá significar?

—Los mejicanos, papá, construían con cimientos de figuras simbólicas. Por ejemplo: el templo de Chetualpoc tiene por basé Cuatro aspas. El de Teochtítlán, tiene como cimientos ocho radios formando algo así como una hélice octogonal. Y el del Bosque de los Fetiches... ¡el del Bosque de los Fetiches...! ¡Mike! ¡Tiene por cimientos siete ángulos agudos, formando una estrella, y un círculo solar!...

Calmosamente, él piloto replicó:

—Es posible. Ahora vamos a Acoma. Después... examinaremos el templo del Bosque de los Fetiches.

—Estuvimos anoche..., y no sabíamos... ¡Es esto, Mike! Allí escondió tu padre...

—Hablemos de otra cosa, por favor. No hay paisaje más hermoso que este de ahora, pero creo que el de Nueva Méjico es mejor aún.

CAPÍTULO IX

EL DOCTOR KAPPEL Y SU ESTILO

Muchos turistas han llegado a Nueva Méjico para pasar una quincena de vacaciones, y se han quedado allí ya para siempre. Venían a buscar un breve reposo, un cambio de vida, el encanto de los veranos frescos y los suaves inviernos del país, y completamente fascinados por los paisajes literalmente repletos de recuerdos históricos, se establecieron en la maravillosa región.

Los habitantes, indios e hispanoamericanos, han conservado sus dialectos, y sus modos de vivir, que eran ya muy antiguos cuando llegó el primer padre misionero.

La extremidad sur de las Montañas Rocosas divide el Estado de Norte a Sur. Al norte de la Sierra Sangre de Cristo, así nombrada a causa de sus puestas de Sol, que inundan de roja claridad las cimas de miles de metros de altitud, el turista quiere que le relaten las últimas aventuras de los «Penitentes».

Es una cofradía, excomulgada por la Iglesia, y compuesta de indios católicos, que tiene por costumbre, al principio de la Cuaresma, de reconstituir la trágica marcha de Cristo hacia el Gólgota.

Los miembros elegidos para la expedición sagrada caminan en la obscuridad a través de los sombríos cañones, armados cada uno de un largo látigo, con el cual se flagelan furiosamente las espaldas, que pronto se surcan de tórdigas sangrientas.

El penitente elegido para representar a Cristo, se tambalea bajo el peso de una cruz de madera, sobre la cual, al término del camino, será atado y clavado de manos y pies, recibiendo, tras horas de

agonía, el lanzazo final.

Muy pocos blancos han podido presenciar esta trágica conclusión del rito. Estudiantes, eruditos, simples curiosos, han esperado allá, años, antes de acertar el valle, donde permanecieron ocultos toda la noche, para presenciar la trágica escena.

Nueva Méjico es la tierra de los mitos. Fue allí donde el español Coronado, y sus compañeros, los gentilhombres aventureros, intrépidos y fanáticos, vinieron a buscar «Las Siete Ciudades de Cíbola», cuya riqueza, según la leyenda, sobrepasaba cuanto se había encontrado en el Nuevo Mundo.

No encontrando más que los primitivos «pueblos» indios, los mismos que hoy visitan los turistas, los exploradores se abrieron un difícil camino a través de los territorios del Nebraska, antes de renunciar a su bello sueño y volver al viejo Méjico.

En 1598, desde Méjico partió una expedición de misioneros, cazadores, mujeres, niños, bueyes y herramientas, dirigiéndose a Nuevo Méjico, que se cubrió pronto de misiones y haciendas, cuyos vestigios en ruinas puede hoy contemplar el turista.

Ochenta años más tarde, los indios de los pueblos, acaudillados por el brujo Popé, y en número de veinte mil, mataron a todos los blancos. Diez años después, de nuevo volvían los misioneros.

Siglo y medio más tarde, los mejicanos se apoderaban del Estado. Hoy sigue siendo allí el español, junto con el inglés, idioma oficial.

Siguen en Nueva Méjico viviendo las tres tribus famosas, de apaches, navajos y zuni.

Los apaches, al Norte, en Jicarilla, y en centro-sur, en Mescalero, continúan su vida nómada, habitando los *teepees* piramidales, fáciles de empaquetar sobre el lomo de un caballo, cuando la tribu decide transportar su campamento a otro lugar. Sus mujeres fabrican cestas de mimbre de un maravilloso trabajo, que van a adornar los hogares de Hollywood.

Nueve mil navajos ocupan en su Reserva la región del Norte. Fabrican artísticas mantas de dibujos inimitables.

Las fronteras de su Reserva son entalladas con profundos cañones y coronadas por cráteres de centenares de extintos volcanes, cuyas inmensas extensiones de lava dura atestiguan el antiguo ardor de la tierra.

Siguiendo la línea al oeste del Río Grande desde Taos, Santa Fe, Albuquerque y Las Palomas, viven los zuni.

Aislados en la magnificencia de las «mesas», montañas cortadas en sus cimas que adoptan aspecto de planicie, los pueblos zuni ofrecen un espectáculo ruidoso y colorido.

Las mujeres charlan incesantemente, escarificando el maíz, secando frutos, modelando arcilla, pintando vasijas, y alrededor de ellas, y por debajo sus piernas, hormiguean niños chillones, perros y toda clase de animales domésticos.

Los zuni son una raza hermosa, de raro vestido. Las mujeres llevan túnica azul, bordada en el escote y en el vuelo bajo con una franja de oro. El hombro derecho queda drapeado, mientras el izquierdo está desnudo, pasando la tela bajo la axila.

Llevaron alrededor del cuello un triple collar de bolas de plata. Las piernas desnudas, calzando mocasines.

Los pueblos zuni son últimamente el objeto de la ambición yanqui, por poseer las ricas tierras agrícolas al oeste del Río Grande. Sufren los zuni usurpaciones por parte de los blancos, pero se mantienen dignamente altivos y despreciativos.

Continúan viviendo en comunidades pacíficas y bien administradas, y sus danzas muy decorativas, su espléndido ceremonial, su cortesía, su inteligencia, el modo en que su justicia es impecable, recuerdan al viajero imparcial que la palabra «civilización» puede interpretarse de muy distinta manera.

El pueblo de Acoma, a cincuenta millas de Albuquerque, es un pintoresco ejemplo de lo que se llama allá «isla del cielo». Sus casas están construidas en la cima de la «Mesa Encantada», una natural fortaleza en la que antaño los zuni vivían sin la injerencia de los blancos.

En Acoma vivía el doctor Henrich Kappel. Y también en Acoma se refugiaban forajidos mejicanos, que muchos de ellos terminaban por casarse con una zuni, aceptando someterse a la autoridad de aquellos jefes.

Henrich Kappel, hombre muy inteligente supo ganarse la amistad del jefe zuni, explicándole que huía de los demás blancos porque eran «bulliciosos y de ambición maligna».

Al ingresar en la extraña asociación de la «Maffia», se le encomendó hiciera todas las averiguaciones posibles encaminadas a

descubrir el paradero de los lingotes de oro perdidos en el «Valparaíso».

Fue una averiguación larga y laboriosa, en la que Henrich Kappel se sintió muchas veces al borde del desánimo, hasta lograr, por fin, una pista.

Durante aquellos años en que perteneció a la «Maffia», realizó cometidos secundarios, participando en ataques terroristas, voladuras de trenes y asaltos a mano armada.

Su verdadera profesión de arqueólogo le permitió establecerse en la Mesa Encantada, sin que las autoridades federales sospechasen nada.

Éste era el hombre que había decidido que el hijo de Larry Carter revelase cuanto pudiera saber acerca del secreto que se llevó consigo Larry Carter...

Barney Vickers detuvo el coche frente a la gran terraza del «Hilton Hotel», de Santa Fe. Pretextó tener que efectuar algunas llamadas telefónicas, y se separó de la pareja.

Nancy Vickers, preguntó:

—Para saber dónde está el doctor Kappel, tendrás que ir inquiriendo, ¿no es así, Mike? Yo te acompaño en tu paseo por la ciudad.

—No, no y no. Tú te quedas aquí en el hotel, y no me sigas, de lo contrario voy a propinarte unas cachetadas donde más abulta tu personilla. Te reúnes con tu padre. Sin discusión, ¿estamos?

—A la orden, mi piloto.

Mike Carter se alejó para entrar en una tienda-bazar, en la que adquirió una cazadora, y sustituyó con ella su guerrera de uniforme, dejándola en la misma tienda, así como su gorra, que trocó por un fieltro.

La Mesa Encantada perfilábase con su forma de cono truncado. Las casitas del poblado de Acoma se veían muy pequeñas.

Carter, recorrió distintos lugares, y por fin decidió inquirir en la mejor fuente de informaciones: un chófer de taxímetro.

—¿El doctor Kappel? Sí, le conozco. Suele bajar con frecuencia a la ciudad, porque manda por correo paquetes que contienen pedruscos. Hoy misino, creo... ¡Oye, Jim! —interpeló a otro taxista—. ¿No viste hoy al doctor alemán que se dedica a buscar piedras por Acoma?

—Se metió en el bar «Tecumshe», hará cosa de media hora.

Mike Carter pidió la dirección del «Tecumshe», que no estaba lejos. Era un bar con reminiscencias de *saloon* de los tiempos dorados y turbulentos del *Far West*. Los vaqueros llevaban guantes manchados de grasa de coche, y en vez de espuelas y pistola, zapatos bajos y pitillera.

Se acomodó en la barra, preguntando:

—¿El doctor Kappel?

—Ha ido al «Hotel Hilton» hará cosa de veinte minutos.

* * *

Apenas entró en el hotel, Barney Vikers pidió comunicación telefónica con el doctor.

—Soy, Vikers, doctor. ¿Puedo verle? Estoy en el «Hilton».

—Tengo tres pacientes esperando. Venga a las siete. Hasta luego.

El doctor Ropke telefoneó inmediatamente hasta lograr dar con Henrich Kappel, al cual llamó al bar «Tecumshe».

—Vikers está en el «Hilton», Henrich. Es posible que haya averiguado algo, ya que es rara su visita, cuando ayer mismo estaba aquí. Estará seguramente relacionado con lo sucedido al hijo de Larry Carter.

—Sigo esperando a Juancho y sus dos adláteres. Debían haber llegado a las dos cuando más. Iré al «Hilton».

Barney Vikers, tras cambiarse de ropa en su habitación, colocó una pistola en el bolsillo posterior de su pantalón.

El teléfono interior le avisó que un doctor le estaba aguardando en el salón de ajedrez.

Se dirigió allá pensando encontrarse con Ropke. Le salió al encuentro un hombre de pequeña talla, aun cuando emanaba de él una sensación de potencia y decisión.

—¿El señor Vikers?

—Yo mismo. ¿A quién tengo el honor...?

—Doctor Kappel.

Los ojos de Barney Vikers delataron su sorpresa. Pero replicó, indiferente:

—Tanto gusto.

—Dudo que lo tenga, señor Vikers. Iré concretamente a lo que me interesa. Usted se erigió en padre adoptivo del hijo de Larry Carter. El muchacho cree firmemente que su padre murió a manos de un teniente policía. Yo tengo en mi poder una cinta magnetofónica en la que se oye su voz de usted, con toda claridad, confesándose autor de la muerte a traición de su mejor amigo.

Barney Vikers pasóse la mano por la frente, repentinamente humedecida en frío sudor. Replicó:

—No fue un delito, y la ley no puede castigarme por ello, sino todo lo contrario.

—Ya... Pero ¿y el propio Mike Carter? Antes que piense usted en violencias desplazadas, he de comunicarle que mi muerte no resolvería nada. Somos varios los interesados en esto. Yo le propongo un cambio. Le entrego la cinta magnetofónica, y silencio su actividad, a cambio de que usted me diga cuanto sabe acerca del oro.

—Nada sé.

—Pero si fracasara yo en mis intentos de hacer hablar al piloto, usted, en cambio, puede lograrlo. Le doy un plazo que termina esta noche para meditar, señor Vikers. Después... haré lo que mejor estime conveniente.

—¡Ropke es un farsante!

—Oh, no —protestó, dignamente, Kappel—. Ropke es un excelente doctor, pero esta vez traicionó su confianza porque es un gran amigo mío.

Entró Nancy Vikers, diciendo:

—Papá, ¿por qué no vamos a ayudar a Mike en busca del...? Oh, perdón; no sabía que estabas acompañado.

—Mi hija. El doctor... Espérame fuera, Nancy.

Al irse ella, sonrió el alemán.

—Muy bonita. Le debe querer mucho, y tal vez sentiría por usted cierta falta de respeto filial si supiera... Bien, señor Vikers, no le importuno más. Volveré a las siete. Buenas tardes.

Abatido, Vikers dejóse caer en un sillón. El doctor Henrich Kappel acercóse, en el vestíbulo a la hija de Vikers.

—El señor Mike Carter me envió a notificar a su padre que está visitando el pintoresco poblado de Acoma. Allá voy, y si quiere usted algún encarga para él...

—Gracias. ¿El poblado es tan bonito como dicen? —preguntó.

—Maravilloso. Un espectáculo nunca visto. Puedo llevarla en mi coche, si así lo desea. Soy un gran amigo del señor Vikers, quien me ha dado autorización para acompañarla, si usted lo desea.

Ganada por los modales respetuosos, con aquella cortesía tan poco común en América, la muchacha se puso en pie.

—Mike Carter se enfadará, quizá, pero yo no le sigo, sino que voy a visitar Acoma, con un buen amigo de mi padre. ¿Cómo dijo que se llamaba, señor?

—Soy doctor. Me llamo Strangeways. Perdona la poca presencia de mi coche. Es un viejo «Ford», pero no hay mejor coche para trepar por las laderas de la Mesa Encantada y atravesar la polvorienta carretera.

—¡Mike! —exclamó ella, al divisar al joven que se acercaba.

El piloto miró al desconocido. Dijo:

—¿Dónde vas, Nancy?

—Aquí, este señor, amigo de mi padre, que me acompañará a Acoma. Es el señor Strangeways.

—Honradísimo, señor —saludó el alemán—. Si quiere ir a Acoma, puedo también acompañarle.

—Un momento, permítame. Tengo que hablar con el señor Vikers.

—¿Para qué, Mike? Ya me dio permiso.

Miró. Carter al alemán, ya instalado tras el volante de su «Ford».

—¿Conoce usted al doctor Kappel, señor Strangeways?

—Oh, sí, perfectamente.

—¿No le vio entrar en el hotel?

—Entró, paseó por el vestíbulo, y se fue... creo que hacia Acoma. Puedo presentarle al doctor Kappel, que es un geólogo de mérito. Suba usted, señor Carter.

—No le deje subir —rió ella—. Tiene la manía de querer coger siempre el volante.

Mike Carter, sentado junto a ella, masculló:

—Es una muchacha consentida, señor, pero ya usted la conocerá mejor que yo.

Arrancó el «Ford», cuando describía la curva para entrar en la carretera que conducía a las dos laderas de Mesa Encantada, Barney Vikers, saliendo a la terraza, miró con aprensión hacia el coche, en

el que un «botones» acababa de informarle que iban su hija y un señor forastero acompañando al doctor Henrich Kappel.

CAPÍTULO X

LA MALDICIÓN DEL ORO

La carretera se abría en medio de tierra rojiza, llana, y daba la impresión desértica de una comarca abandonada.

—Si usted conoce al doctor Kappel, podrá indicarme donde reside —dijo Mike Carter—. Preferiría, si no tiene inconveniente, que usted regresase a Santa Fe, dejando allá a la señorita.

—No tengo ningún inconveniente.

El «Ford» subía ahora por un camino de pronunciadas curvas, que iba serpenteando entre roquizas aberturas que los aluviones habían trazado.

De vez en cuando un reptil surcaba el polvo. Revoloteaban buitres en las cumbres peladas. La propia Nancy Vikers experimentó algo extraño:

—Esto es impresionante, señor Strangeways. ¡Un indio! ¡Un indio!

Sentado al borde del camino un hombre de faz rugosa y bronceada, envuelto en una manta porosa, fumaba estólidamente una larga pipa.

—Es Ponomac, el veterinario. No hay un colega blanco que sepa lo que Ponomac sabe acerca de toda clase de enfermedades.

Al pasar el coche, Ponomac hizo un grave saludo con la cabeza. Súbitamente, el «Ford» llegó a una planicie, divisándose las casas de Acoma. Junto a una quebrada había una choza, cuyas paredes laterales y posterior eran las de la misma roca.

—Allí vive, el doctor Kappel —indicó el doctor Kappel.

Mike Carter descendió del coche y dijo:

—Le ruego acompañe a la señorita Vikers al hotel. Volveré tan pronto como haya hablado con el doctor.

Ella se limitó a decir, cogiendo la mano del piloto:

—Suerte, Mike.

Mike Carter se encaminó hacia la choza. Tocó en la puerta y apareció un sujeto moreno, de mirada huidiza, con rasgos indiomexicanos.

—Deseo ver al doctor Kappel —dijo Carter.

El indiomexicano miró hacia el coche lejano y replicó:

—Pase, señor. El doctorcito vendrá enseguida.

Entró Carter, mirando en derredor. Era una sala rústica, con sillas y mesas de tosca madera, sin pintar. Colgaban extrañas figuras trenzadas con mimbre sobre juncos.

Al fondo, la roca se abría con una puerta cubierta por una tela de vivos colores. Mike Carter se adosó a una pared lateral, esperando...

Pasaron unos minutos, y la cortina del fondo se abrió, dejando paso al doctor Kappel.

—Soy yo Henrich Kappel, señor.

Mike Carter crispó los puños repentinamente furioso:

—¿Qué broma es ésta, Strangeways? ¿No me dijo Nancy que usted era amigo del señor Vikers?

—Sin violencias, Carter. No pretenda vapulearme, porque lo pagaría la señorita. ¡No dé un solo paso!

La diestra del doctor encañonó al piloto, apareciendo desde tras la espalda.

—No tengo el menor deseo de matar, Carter, ni mucho menos de que la señorita Vikers sufra el menor daño. No me obligue a ello.

—¿Dónde está ella?

—La custodia mí criado Chano. ¡No dé un paso más, de lo contrario, tendré que disparar!

—No, no lo harás... Tú quieres que yo hable y te revele lo que te interesa saber. Deja libre a la señorita Vikers.

El doctor Kappel apuntó deliberadamente con lentitud, mientras retrocedía, y el cañón enfocaba las piernas del piloto, que, con los puños crispados, iba avanzando.

—Si me obliga a disparar, lo lamentaremos los dos. Atienda a razones, Carter. Partiremos el oro... No será hecho el menor daño a

la señorita. Un momento de calma, Carter...

El piloto se detuvo, con la frente baja, como un bisonte furioso, dispuesto a embestir.

—Con mi criado Chano hay otro, dos mejicanos de la banda de Juancho López. Dejarán libré a la señorita, si usted acepta conducirnos al lugar donde tiene escondido el oro.

—Si lo veo, lo creeré. Cuando ella esté lejos, entonces me avendré a razones.

—Estime que ella es una garantía de su cumplimiento, Carter.

Mike Carter se abalanzó, dando un salto de lado.

Cuando el doctor disparó, la bala perforó el suelo de madera, y Henrich Kappel encontróse sujeto desde atrás, torcido el cuello con el antebrazo del marino.

—Suelte la pistola o le deslomo, Kappel. Y lléveme donde está Nancy.

El doctor, resoplando fatigosamente, no forcejeó. Estaba casi en vilo, y con la mano señaló la vecina habitación.

Entró Carter, protegiendo su cuerpo con el del doctor. En la habitación, iluminada por un quinqué, el criado mejicano estaba junto a Nancy Vickers, atada en una silla.

Tras ella había otros dos individuos de tipo parecido el criado Chano. El doctor Kappel, gritó:

—¡Mátenla, si no me deja libre este energúmeno!

—¡Padre! —exclamó Nancy Vickers, al ver al que repentinamente entraba en la habitación.

Barney Vickers apoyó su pistola en los riñones de Mike Carter, que, sorprendido, soltó su prisionero al oír que el abogado decía:

—Es mi hija, Mike. No puedo tolerar que usted, peleando, la haga sufrir daño... ¡Aten al muchacho! ¡Pronto!

El doctor fue quien se precipitó para rodear las muñecas del piloto estupefacto, con un recio bramante.

Barney Vickers volvió a introducir su pistola en su bolsillo.

—A cambio de la libertad de mi hija y del piloto, yo les conduciré donde está el oro —exclamó.

Los tres mejicanos tuvieron que emplear todas sus fuerzas para conseguir atar al piloto en una silla, junto a la muchacha, tal como el doctor Kappel les había ordenado.

Barney Vickers forzó una sonrisa:

—No temas, Nancy. Pronto estaréis los dos libres. No me quedaba otro remedio, y algún día me sabréis comprender.

Henrich Kappel ordenó:

—Tú, Chano, te quedas aquí para impedir que se escapen. Usted, Vikers, con nosotros tres al coche...

—Señor Vikers —dijo el piloto, lívido—. No comprendo su actitud. Podía usted haberme ayudado a rescatar a Nancy, en vez de favorecer incomprensiblemente a estos maleantes. El oro pertenece al Estado.

Henrich Kappel replicó:

—La solución dada por Vikers es la más adecuada a su propio problema. A cambio de una cinta magnetofónica, ¿verdad, Vikers? Vamos ya, que cuanto antes cumpla usted, antes quedarán libres ellos dos.

—¡No vaya, Vikers! —gritó el piloto—. Cuando les diga el lugar, ellos le quitarán de en medio...

—¡Yo cumplo mi palabra! —rebatía Kappel.

—No querrán tener testigos, y nosotros tres lo somos. Si quedásemos con vida, todo el

F. B. I.

les perseguiría. Lo saben y...

Henrich Kappel, aproximándose, empezó a abofetear a dos manos la boca del piloto. Gritó, porque Mike Carter, furioso, acababa de morderle una mano.

—Vámonos, Kappel —dijo Vikers, cogiéndole por el hombro.

Quedaron en la habitación Mike Carter, Nancy Vikers y el mejicano de sangre india, que se sentó en un rincón.

—Mike... —murmuró ella.

—¡Maldición! Por entrometerte siempre, ahora tu padre... corre un grave peligro.

—Yo... no quise..., no sabía... —empezó ella a sollozar.

Oyóse el rumor del potente motor del coche de Barney Vikers arrancando. Mike Carter tentaba con sus dedos el bramante, pero comprendió que era imposible siquiera aflojarlo.

Era un bramante triple torcido, que se le hincaba en las carnes. Sus tobillos y su cintura estaban rodeados por una sogas que daba vueltas anudada alrededor de los toscos barrotes de la silla en que se encontraba sentado.

Miró al criado, que en un rincón fumaba impasible un largo puro delgado, del que exhalaba un humo acre...

Nancy Vickers seguía llorando, asustada y pesarosa, musitando:

—Si yo me hubiese quedado quieta, tú habrías aplastado a estos cuatro mejicanos. Por no haberte escuchado, Mike... Perdóname...

—Calla, Nancy, no te atormentes más. A lo hecho, pecho. Oiga, amigo, si es a usted a quien hablo.

El mejicano Chano alzó la cabeza y miró fríamente al marino.

Mike Carter había hallado una posible manera de desembarazarse de aquel testigo.

—Le han engañado, amigo. Usted se quedará aquí, y, mientras tanto, el doctor con los otros escapara con el oro. Aun está a tiempo, porque podría seguir la pista del coche, cogiendo el del doctor. Si no lo hace ahora, será tarde. Y aquí nos pasaremos horas y horas.

Chano se encogió de hombros y siguió fumando.

—Nosotros dos no podemos escapar, pero el doctor necesitaba tener a uno menos con quien repartir. Le ha engañado miserablemente. Lo malo es que se dará cuenta dentro de muchas horas, cuando ya no habrá remedio. Al fin y al cabo, a mí no me importa.

El mejicano tenía los ojos cerrados y seguía fumando. De pronto se puso en pie, y sin mirar a los dos prisioneros, salió de la habitación.

Mike Carter tendió el oído. Se percibió el estertor del «Ford» del alemán poniéndose, en marcha.

Entonces se dejó caer de costado con la silla, y dando vueltas lentas, fue aproximándose a la puerta.

* * *

Barney Vickers, en el volante, tenía a su lado a Henrich Kappel. Atrás, iban los otros dos mejicanos.

—¿Está lejos, Vickers?

—Entre Magnolia y Natchez. Tres horas.

—¿En qué escondrijo puso el piloto el oro?

—Mike Carter no sucumbió a la tentación. No quiso profundizar en la confidencia que le hizo su padre. Sólo hoy descubrimos el

exacto emplazamiento del oro.

—¿Y dónde lo escondió Larry Carter?

—Esto se lo diré cuando lleguemos. Es un templo derruido. Habrá que buscar en su interior. Yo no necesito este oro, Kappel.

—Usted es millonario... y deseará que nadie sepa que mató a Larry Carter. Por la cinta magnetofónica se desprende que aquel asesinato le remuerde mucho la conciencia.

—Hable de otra cosa, Kappel. Usted ocúpese solamente de conseguir el oro.

Uno de los mejicanos se inclinó para hablarle al oído a Kappel, y éste escuchó, para denegar al final.

—Decía Llanos que usted puede despeñarnos, puesto que conduce. Pero, aparte de que yo vigilo sus movimientos, no deseará usted comprometer la vida de su hija. Yo sé que usted cumplirá, porque no es del estilo impetuoso y luchador del hijo del *gángster* Carter.

* * *

Rodando, atado a la silla, Mike Carter atravesó el umbral que separaba las dos habitaciones. Cada vuelta de la silla le costaba un esfuerzo intenso, hasta que logró llegar hasta el rincón donde, junto al pequeño hogar, había un hacha.

Tardó media hora en conseguir que sus muñecas atadas entrasen en contacto con el filo del hacha, ajustada ya entre los barrotes.

Fue segando con frenesí, y al crujir los bramantes, forzó los bíceps, hasta quedar libre. Rápidamente quitóse las ligaduras, alrededor de la cintura y los tobillos.

Nancy Vikers le había llamado repetidamente con tono lastimero. Entró, y con rudeza la desató.

—¿Es la última vez que te entrometes, Nancy?

—Sí, Mike —replicó ella sumisamente—. Te lo prometo.

—Vamos ahora al «Hilton». Volverás a Natchez, a esperarnos a tu padre y a mí.

—¿Y tú, cómo irás a...?

—¡Como me dé la gana! ¡A callar!

Cogiéndola de la mano, salió de la choza. Cruzaron con un individuo, al parecer capataz de minas.

—Es urgente, señor. ¿Qué medio tenemos para llegar a Santa Fe?

—En aquella esquina están dos coches de alquiler.

Aquel coche les dejó en el Hotel Hilton, donde ella prometió obedecer e irse a Natchez a esperar el regreso de Carter con su padre.

Mike Carter fue a la comisaría, donde a los pocos instantes le facilitaban una de las motocicletas más rápidas, provista de silenciador, tal como pidió.

Comprendía que el poderoso coche de Barney Vikers le llevaba una ventaja de dos horas, pero estaba dispuesto a sacar la máxima velocidad de la moto «Hardley».

* * *

—Éste es el templo en que Carter escondió el oro —dijo Vikers.

—Es muy grande. ¿En qué lugar?

—Entrando será más fácil deducir.

Barney Vikers penetró por una de las derruidas puertas y se encontró en un vasto hemicíclo, en cuyo centro había una mesa de sacrificios.

—Usted primero, Vikers.

Por las brechas del techo penetraba la luz solar. Henrich Kappel, seguido por los dos mejicanos señaló las cuatro paredes.

Había en ellas orificios cuadrados, que daban la apariencia de una colmena.

—Son nichos aztecas —dijo—. Es muy posible... Tú, a la derecha, Llanos; tú, a la izquierda, Chicho. Colabore, Vikers, ojeando los nichos de la pared del frente, mientras yo miro en ésta.

Los cuatro hombres dábanse la espalda, mirando los cuadrados hoyos. El más alto rozaba con la frente la última hilera de tumbas.

—¡Guanajo! —gritó, horrorizado, uno de los mejicanos.

Habíase oído un silbido, y una serpiente, larga y de triangular cabeza salió disparada del interior de un nicho. Huyó, y el mejicano se secó el sudor de la frente.

—Son inofensivas —dijo Kappel—. Pertenecen a la especie *Anteraph*, abundante en este terreno. ¡Sigan!

Pasó media hora, y de pronto Henrich Kappel murmuró:

—Alguien ronda alrededor. ¡Vete a ver, Chicho!

El aludido, macizo, de piernas arqueadas, salió al exterior, de donde regresó al poco, diciendo:

—Es Chano, patrón... Se vino acá.

Henrich Kappel, lívido, Volvióse, gritando:

—¡Imbécil! ¿Por qué dejaste solo al piloto?

—Él me dijo que ustedes podían tener tentación... No pueden escapar, que bien atados están. ¿Qué me dice, patrón? ¿Dónde busco?

—¡Allí! —Y el alemán señaló la pared donde estaba Vikers—. Usted, señor Vikers, permanezca junto a la mesa del centro. ¡Y si me ha engañado, lo pagará caro!

Barney Vikers miró a los cuatro hombres que, afanosamente, rebuscaban los nichos, de donde de vez en cuando saltaba una serpiente silbando.

Tenía las dos manos a la espalda, y entre los dedos, un cartucho de dinamita. Encontró un orificio en el reborde de la gruesa mesa de piedra. Introdujo el cartucho, uno de los tantos que eran muestra de los productos de la fábrica Vikers.

Sacó su pitillera y escogió un cigarrillo. Se le aproximó Kappel, el cual miró tras de él con recelo.

—¿Qué estaba usted haciendo aquí, Vikers?

—Me dijo que me quedase junto a la mesa. Fíjese, Kappel, que por este oro murieron muchas personas... Tiene una maldición. Yo por este oro maté a mi mejor amigo. ¿Quiere un cigarrillo?

—¡No! ¿Dónde está el oro? ¡Hable, pronto, o le juro que comprobará que de mí no se ríe nadie!

—Sé que está aquí, pero exactamente no lo sé...

—Conozco procedimientos especiales para hacer hablar, Vikers. Además, su hija...

—Mi hija estará seguramente en libertad completa. Mike Carter vale mucho. Vale tanto, que despreció este oro, que le está a usted trastornando, Kappel.

Los ojos de Kappel le seguían atentamente todos sus movimientos.

—Está usted algo extraño, Vikers. ¿Qué trama?

Encendió Vikers el cigarrillo. Apagó el mechero.

—Patrón... Alguien... —dijo uno de los mejicanos.

—¡El piloto!

Mike Carter apareció en la puerta, y Kappel disparó, pero su bala se perdió en el aire, porque de un manotazo Barney Vikers le apartó el brazo. Mike Carter se echó al suelo, disparando contra uno de los mejicanos.

—¡Corre, Mike, corre, vete..., que esto va a saltar! ¡Dinamita! —gritó Barney Vikers—. ¡Corre, Mike! Vuelve junto a Nancy...

Kappel disparó ahora contra Vikers, el cual aplicó su cigarrillo en la mecha corta que sobresalía de la mesa.

Mike Carter, por un reflejo instintivo, retrocedió a gatas. Los mejicanos, uno de ellos herido, intentaron ganar la puerta. Kappel luchaba con Vikers.

Una terrorífica explosión conmovió los cimientos del viejo templo azteca. La onda explosiva arrojó a cinco metros, proyectándolo como un fardo, a Mike Carter.

Cuando el humo se disipó, el piloto se aproximó al templo ya en completa ruina. El derrumbamiento había tenido lugar hacia poniente, y el vasto cuadro de nichos sepultaba entre cascotes y escombros los cuerpos destrozados de los tres mejicanos.

La mesa había volado por los aires, quedando solo en pie sus cuatro patas de hierro forjado. Y entre los cuerpos descuartizados de Barney Vikers y Henrich Kappel, había reflejos dorados.

Larry Carter había escondido los lingotes en las oquedades de la mesa. Los lingotes tapizaban los cascotes y piedras destrozadas.

Horrorizado, Mike Carter sintió náuseas. Veía el oro brillar entre charcos de sangre humana, restos de serpientes y pedazos anatómicos.

Retrocedió, febril, aturdido. ¿Por qué se había matado de aquel modo Barney Vikers?

Subió a la moto, y poco después, en el Departamento Federal, explicaba lo sucedido. A las nueve de la noche llegaba a Natchez; Nancy salió a recibirle en el pórtico de la suntuosa casa.

—Estás... demudado, Mike. ¿Qué...?

—Ten calma, Nancy. Ha sido horrible y tienes que armarte de valor para escucharme... Yo iba a salvar a tu padre, y éste, no sé por qué..., prefirió volar el templo con dinamita.

Ella se echó en sus brazos, llorando. Mike Carter la llevó a un diván, y buscó palabras difíciles para consolarla. Sólo supo al final

besarla, y ella fue aquietándose, bajo el influjo de sus suaves caricias.

—Temía, hace tiempo, que mi padre se... suicidase, Mike... Estaba enfermo, y tenía unas ideas muy extrañas.

—Procura descansar, Nancy. Yo iré a telegrafiar a mi barco. Volveré al amanecer, Nancy.

—No me dejes sola; ahora menos que nunca, Mike. Mi padre quería... que tú me protegieras, y lo necesito mucho, Mike...

Mike Carter abandonó la casa a las once. Cuando llegó al Departamento Federal, donde había dejado su moto, le comunicaron que un agente había traído una carta para él.

—¿Para mí? —preguntó, extrañado.

—Sí. La dejó el señor Vikers en el Hotel Hilton, de Santa Fe, con encargo expreso de que le fuera entregada personalmente.

Extrañado, Mike Carter abrió el sobre y leyó, con creciente ansiedad:

«Mike: Yo maté a Larry Carter, mi mejor amigo, porque entonces tuve el deseo de apoderarme del maldito oro. He visto cómo te ibas con mi hija en el coche de Henrich Kappel. Éste sabe que yo maté a Larry Carter. Primero pensé morir en la fiesta de los Penitentes. Ahora moriré, procurando salvar a mi hija. Cuida de ella, protégela, y... que Dios me perdone.

Barney Vikers».

Mike Carter, cuando supo donde se hallaba Joe Martin, cogió un avión para ir a verle. Llegó a las tres de la madrugada. Joe Martin leyó la carta postrera de Vikers, y explicó lo que había sucedido en el garaje.

—¿Y ahora qué vas a hacer, Mike?

—¿Respecto a qué, inspector?

—A ella, a Nancy. Puede saber algún día que su padre te escribió.

—He pensado que... el

F. B. I.

debe tener expertos en imitación de escrituras.

—Sí, hijo —sonrió Joe Martin—. Vamos, yo te llevaré al hombre que té escribirá la carta que tú dictes.

A las ocho de la mañana, Mike Carter desayunaba con Nancy Vikers, después de haberle dado a leer la carta falsificada perfectamente, que decía:

«Mike: Yo os he visto partir con el doctor Kappel. Os salvaré y mataré a cuantos están alucinados por el oro que costó la vida a tu padre, mi mejor amigo. Cuida de Nancy, protégela, y que se cumpla mi último deseo: sed muy felices.

Barney Vikers».

Nancy Vikers comentó, tristemente:

—Mi pobre padre estaba muy enfermo. Es extraño, Mike. A veces pensé que en su vida había un secreto... malo.

—No seas imaginativa, Nancy.

—Sí, muchas veces pensé que era como si un remordimiento no le dejase vivir.

—Tu padre fue siempre un hombre... bueno. Si alguna vez pecó, se impuso a sí mismo la peor penitencia. Un sufrimiento continuo. Yo... no soy más que un piloto y un agente del F. B. I.

, Nancy...

—Las dos cualidades perfectas para ser mi marido... Tú llevarás el timón, Mike. Y yo te acompañaré en tus viajes...; bien, si tú me das permiso.

Mike Carter dejó de ser agente del F. B. I.

y piloto, porque le incumbió una doble tarea: manejar la vasta factoría de explosivos y sujetar las riendas a la que, poco a poco, dejó de ser chispa caprichosa, para serenarse y convertirse en obediente y dulce esposa.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.